

BOLSIBROS BRUGUERA



Curtis GARLAND

PASAJE SIN SALIDA



**COLECCION
LA HUELLA**



CURTIS GARLAND

PASAJE SIN SALIDA

Colección LA HUELLA n.º 134
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2

Depósito legal: B. 11.891 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: mayo, 1977

© Curtis Garland - 1977

texto

© Desilo - 1977

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.A.
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1977

INTRODUCCIÓN

Ésta es, quizá, una novela nostálgica.

En el fondo, todos los que amamos la novela policíaca, creo que sentimos nostalgia de algo muy concreto. Ese algo, es la que pudiéramos llamar *época dorada de la novela negra*. Que es como decir también el momento cumbre del cine negro norteamericano, el que marcó una época en su género. Una época que, por cierto, tiene ahora su *revival* no sólo en los ciclos retrospectivos de muchas televisiones europeas y americanas, sino incluso en el propio cine, con títulos como *Chinatown*, un auténtico nostálgico de Polansky, con Jack Nicholson en un papel muy a lo Bogart, y también otros se lanzaron a los *remakes* de temas de Raymond Chandler, como *Farewell, my love* o *The Long Steep*. Son títulos que se exhiben con éxito en todas partes, actualmente.

Uno —que vivía también en su época de voraz lector, previa a la de autor, los encantos imborrables de la filmografía de Bogart, desde *El Halcón Maltés* de Dashiell Hammett, hasta *La senda tenebrosa* o la primera versión de la ya citada obra de Chandler, *The Big Sleep*, con aquellas *partenaires* tuyas de increíble sofisticación, que fueron Lauren Bacall (su esposa en la vida real), o la insustituible Lizabeth Scott—, trata aquí, repito, de evocar aquellos momentos dorados del cine y la novela negros, todo un hito en la historia del género.

Sí, es como evocar llenos de nostalgia aquella *Dama del lago* de Robert Montgomery, con la cámara subjetiva supliendo a la primera persona del relato, el detective Philip Marlowe. Es como volver a vivir los tiempos de *Laura*, la obra maestra de Preminger, sobre una novela policíaca de gran clase de Vera Caspary, o los momentos excitantes de *¿Quién mató a Vicky?*, sobre una novela poco o nada conocida en muchos países, del escritor Steve Fisher, titulada *I wake up screaming*, como símbolos de un modo de hacer cine policíaco,

reflejo fiel y alucinante del estilo literario de autores como los citados. O como el gran William Irish (o Cornell Woolrich, si lo prefieren), A.

A. Fair

(o Erle Stanley Gardner, claro), un Wade Miller o un Mickey Spillane, incluso, aunque éste llegara ya un poco a remolque de todos los demás, y con un estilo demasiado agresivo y erótico, que rompía el equilibrio perfecto de los anteriores, pese a estar encuadrado, sin duda alguna, en el campo más representativo del género, con obras como *Mía es la Venganza*, *Yo, el Jurado*, o *Tras sus propias huellas*, que Anthony Quinn interpretó en una buena muestra del cine negro de entonces.

He pretendido aportar mi grano de arena a ese *revival* que ahora se lleva a cabo, en la pantalla y en el libro impreso, del detective al estilo de los años 40. El personaje que encarnara un Dick Powell, un Bogart, un Burt Lancaster, un Edmund

O'Brien

o un Richard Conte, pongamos por caso: el investigador privado, duro y áspero, inteligente y rudo, que golpea y recibe golpes con igual prodigalidad, y que investiga el misterio, salpicado de rubias y de sangre, hasta un final más o menos convincente.

Ese grano de arena, desea tener también un título muy en su estilo: Pasaje sin salida. Encaja perfectamente en la temática y en el recuerdo de títulos similares. En el fondo, todo héroe de la novela negra de los años cuarenta y cincuenta, era un tipo metido en un callejón sin salida, en un oscuro pasaje donde la muerte podía ser el final.

Nuestro héroe, movido el autor por esa misma nostalgia, lleva un nombre que, en cierto modo, se identifica con el mejor y más eficaz intérprete del género que jamás hubo: todos sabemos que al incomparable Humphrey Bogart, se le llamaba cariñosamente *Bogey*. Pues bien, Boggie será el nombre de nuestro personaje, como una alusión afectuosa en el recuerdo, al mejor y más típico ejemplo del duro del cine negro americano de entonces.

Vaya, pues, esta obrita, como homenaje a tanto héroe ya desaparecido. Y también a los lectores que, a veces, me escriben pidiéndome que escriba algo que recuerde los viejos y mejores tiempos del género.

Aquí lo tienen. Si acerté, será porque el género nunca muere. Si no, la culpa será exclusivamente mía. Pero la intención es la mejor, palabra.

Ahora, les dejo en el *Pasaje sin salida* de nuestro héroe. Detective privado, por supuesto. Otra cosa, sería una traición al propio género que tratamos de evocar con la nostalgia de todo lo que se ha ido.

Boggie Slade les espera a la vuelta de la página. Con sus problemas, su erotismo, sus rubias y sus cadáveres. Como siempre.

CAPÍTULO PRIMERO

Boggie Slade.
Detective privado.
Investigaciones confidenciales.
Tarifas económicas

Era todo lo que figuraba en la vidriera escarchada de la puerta. No hacía falta más, a fin de cuentas. El que iba a la pequeña y oscura oficina, no esperaba otra cosa.

Desde las diez de la mañana a las dos de la tarde, podía ser visitado el investigador en su despacho, según añadía una nota mecanografiada sobre un papel adherido a la puerta. Pero eso no siempre era así. A veces, Boggie estaba ausente a esas horas. Y él no tenía secretaria que se ocupara de sus asuntos. Al menos, no la tuvo hasta el día en que se presentó Betty Grayson.

Betty Grayson respondía a un anuncio publicado en la página de anuncios por palabras de algunos diarios, solicitando una muchacha como mecanógrafa. Se ofrecía un sueldo escaso y no muchas aspiraciones. Por supuesto, Boggie lo ponía para ver si un milagro se producía, y existía alguna chica así en Nueva York.

Lo curioso es que existía. Betty Grayson era su nombre. Una especie de increíble mirlo blanco. Cuando se declaró dispuesta a aceptar el salario ofrecido, y no puso la menor objeción a la pequeña oficina, a la incómoda mesa arrinconada, con una máquina sobre ella, ni al archivador repleto de polvo y de legajos y fichas en desorden, no muy lejos del encendedor de gas donde a veces hervía un pote de café, Boggie pensó que el cielo le enviaba a aquella especie de prodigio humano.

Además, era bonita, Y joven. En suma, de haber estado mezclado en asuntos de espionaje, Boggie hubiera sospechado que aquella atractiva joven, capaz de aceptar semejantes condiciones de

trabajo, era una espía soviética dispuesta a todo. Pero como el más importante de sus casos consistía en buscar a la mujer de algún marido abandonado, descubrir el adulterio de cualquier cónyuge, o localizar a un marido desaparecido tras cobrar su nómina, Boggie no pensó en semejante posibilidad ni por un momento.

Betty Grayson era la clase de muchacha que podía cambiar la sórdida impresión de una oficina como la suya, dándole un aire importante y eficiente. Tecleaba con rapidez a máquina, era estenógrafa y tenía unas piernas estupendas. Además, llevaba el cabello teñido de un rubio suave y meloso, tenía los ojos azules, y aunque se ponía unas livianas gafas con montura metálica para mecanografiar, este detalle no estropeaba su encanto, sino que tal vez lo realzaba, con ese misterioso toque de sensualidad que, al decir de algunos, proporcionan unas gafas a una mujer. Boggie nunca había pensado en ello, pero empezó a pensarlo al ver las gafas sobre la breve y respingona naricilla de Betty Grayson.

La joven se incorporó inmediatamente a su trabajo, y aceptó como único anticipo a cuenta de su salario, los diez dólares que Boggie, con mucho esfuerzo, logró hallar escarbando minuciosamente sus bolsillos.

—Lo primero que haré, es limpiar y ordenar un poco ese archivador —dijo—. Luego, escribiré a máquina esas cartas que tiene preparadas, señor Slade.

—Muy bien —suspiró Boggie, tomando su sombrero—. Si es capaz de poner algo de orden en todo esto, se merecerá un premio nacional, señorita Grayson. Yo, entretanto, debo hacer unas gestiones para localizar a la esposa de un cliente. La última vez que la vio, estaba manipulando su cartilla de ahorros a nombre de ambos. Ahora, no aparecen la cartilla ni la mujer. Y, lo que es peor, en el Banco dicen que tampoco está el dinero. Ella lo retiró hasta el último centavo. El marido se pregunta dónde estarán ella y el dinero. Yo también me lo pregunto. Ya lo ve, señorita Grayson. Estas cosas son las que la gente trae a mi oficina. Si alguna vez creyó que iba a trabajar para un detective que investigase brillantes casos de homicidio y espectaculares asuntos de finanzas, vaya abandonando toda esperanza. Yo, al menos, no soy ese detective. Ni creo que exista más que en el cine y en la televisión...

Y Boggie Slade abandonó la oficina, dejando a su flamante

secretaria ocupada con la ingente tarea de poner orden y pulcritud en la destartada oficina de la callejuela de la Veintitrés Este, no lejos del East River.

En la calle, un vendedor de periódicos voceaba la última edición de la prensa, con noticias sobre el último crimen del llamado Asesino del Vitriolo. Adquirió un ejemplar y leyó las noticias, mientras se encaminaba a la estación más próxima del *subway*. Suspiró, meneando la cabeza, al enterarse de nuevos y desagradables detalles sobre las actividades de aquel loco peligroso, que utilizaba, el vitriolo, para desfigurar a sus víctimas, tras haber sido estas asaltadas y asesinadas en plena noche. La noche anterior, se había tratado de una joven corista, a la salida de un *music-hall* de una zona poco frecuentada de Manhattan. La hallaron en un edificio en construcción, con la terrible huella del vitriolo sobre el rostro, convirtiendo éste en una máscara de espantosa deformación.

—Nueva York está imposible —murmuró para sí—. Llena de locos y sádicos en cada esquina... Menos mal que no soy yo el encargado de investigar cosas así... No envidio al tipo de la policía que se ocupe de este caso, por muy importante y famoso que sea.

Se alegró, en esos momentos, de ser lo que era, simplemente: un oscuro investigador dedicado a asuntos de poca monta. El mayor de los cuales, no había llegado a reportarle unos honorarios superiores a los cien dólares, gastos aparte.

Tomó el Metro en Grand Central, y se encaminó a Times Square para trasbordar allí a la línea de York, en Queens. No le gustaba utilizar su viejo coche para moverse por la ciudad. Era perder tiempo y gasolina. Y no le gustaba una cosa ni otra. En resumidas cuentas, todo eso significaba dinero. No le sobraba precisamente, como para derrocharlo tontamente. Ya era un gran lujo cargarse ahora con la obligación de pagar un sueldo a una secretaria. Pero había pensado que quizá fuese más rentable para él dejar a alguien en la oficina mientras investigaba fuera los asuntos, ya que en ocasiones había perdido a algunos clientes por estar ausente. Con que eso compensara el gasto, ya se daría por satisfecho.

—Además —se dijo, entrando en el coche del Metro—, es una chica que alegrará la oficina. Es bonita, joven, y parece eficiente... Espero que también me dé buena suerte, aunque eso ya es demasiado pedir.

Su deseo se cumplió, como si Boggie hubiese obtenido de repente una lámpara de Aladino. Aquel día tuvo mucha suerte. No olvidaría nunca que, justamente en la misma mañana en que Betty Grayson entró como secretaria de su oficina, él resolvió el caso que tenía entre manos, devolviéndole a un furioso marido a su esposa evadida, con casi todo el dinero extraído del Banco, y con un joven vividor al que tuvo que sacudir de firme, a cambio de sacar él un ojo amoratado en la lucha entablada.

Fue un caso que significaban doscientos dólares de honorarios. Pero el marido recuperaba una esposa perdida, a la que podría zurrar a gusto antes de llevar al juez su demanda de divorcio, y recuperaba casi milagrosamente sus seis mil dólares largos de ahorros, casi intactos todavía.

Pero no terminó ahí el buen día de Boggie Slade. Al regresar a su oficina, complacido y feliz por su éxito profesional, se encontró con dos visitantes que le aguardaban, dando, mientras tanto, datos e informes a su bonita secretaria.

Ella alzó la cabeza del cuaderno de taquigrafía, mirándole con indiferencia, como si aquella abundancia de visitas fuese cosa normal en la oficina de Boggie Slade.

—Jefe, estos caballeros quieren que se ocupe inmediatamente de sus asuntos. Pero yo me encargo de ellos mientras usted atiende al otro caballero que espera en su oficina.

—¿Otro caballero? —repitió Boggie, incrédulo, mirando con estupor a su secretaria.

—Sí —ella consultó sus notas, como quien no quiere la cosa—. Es el teniente Preston, de Homicidios. No puede esperar mucho tiempo. Mientras usted le atiende, yo terminaré de tomar los datos a estos otros caballeros.

Boggie se quedó de una pieza. Jamás había tenido tres visitas en una sola mañana. Tampoco entendía qué podía hacer un oficial de Homicidios en su despacho. Y menos aún, podía comprender que la muchacha se ocupara de todo con tal desparpajo... además de haber dejado el archivador y, todo cuanto era visible, limpio y en orden.

Entró en su despacho, aún sin salir de su asombro. El teniente Mark Preston, de Homicidios, se incorporó al verle entrar, con un resoplido de impaciencia. Era un hombre grande, macizo y enérgico. Su gabardina era rugosa y sucia, pero a él parecía

importarle muy poco. Le miró duramente, con unos estrechos y fríos ojos azules.

—Ya era hora, Slade —dijo, abruptamente—. Tengo mucho que hacer, pero necesitaba verle.

—¿A mí? —le señaló la silla que acababa de abandonar—. ¡Siéntese, teniente, por favor! Si en algo puedo servirle... Pero yo nunca me ocupé de asuntos de homicidios...

—Ya lo sé —cortó el policía, con sequedad—. Ésta será la primera vez.

—¿La... qué? —Parpadeó Slade—. Temo no entenderle bien, teniente. Yo no me puedo ocupar de algo así...

—Lo hará. Es una orden, Slade. Usted no es policía. Pero tiene una licencia de detective que le gustará conservar, ¿no? Le conviene estar a buenas con la policía, usted lo sabe. Un favor se paga con otro, es lo habitual en estos casos. No se sabe lo que usted puede llegar a necesitar un día de nosotros. Bueno, además... ¡qué diablos!, el capitán Carpenter y yo hemos pensado que nadie trabaja por amor al arte. Usted es un investigador modesto, que necesita el dinero que gana. Aquí tiene nuestros honorarios para usted. No es mucho, pero algo es algo.

Y su manaza puso sobre la mesa —sorprendentemente limpia de polvo, por otro lado—, unos billetes arrugados. Boggie los miró, pensativo.

Si para el teniente Preston no era mucho, para él resultaba muchísimo. Eran billetes de cincuenta dólares. Exactamente diez. Quinientos redondos. Un pago muy respetable.

—¿Qué se supone que debo hacer a cambio de ello? —se interesó, con tono práctico.

—Ayudarnos a capturar al Asesino del Vitriolo —fue la increíble respuesta.

Se quedó Boggie como paralizado. Tiró a un lado el periódico que aún llevaba, y sus titulares de cabecera parecieron bailotear sobre el papel, con un nuevo sentido que antes no tenían para él:

«QUINTA VICTIMA DEL ASESINO DEL VITRIOLO. OTRA
BELLA MUJER ASESINADA Y DESFIGURADA POR EL
AGRESOR NOCTURNO».

—¡Cielos, ese caso...! —murmuró pensativo—. Es demasiado serio. ¿Por qué precisamente yo, teniente Preston?

—Por una razón muy sencilla —suspiró el policía—. Sabemos que el asesino del ácido corrosivo, vive en este edificio, Slade.

Betty Grayson le contempló fijamente, con sus grandes ojos muy abiertos, muy azules e ingenuos. En sus rodillas reposaba el cuaderno de taquigrafía, y el lápiz, entre sus dedos delgados y ágiles esperaba el dictado de su jefe.

—¿De qué está asustado, señor Slade? —indagó ella.

—De todo —resopló Boggie, perplejo—. Es el día más increíble de mi vida. Llega usted a mi oficina, acepta un empleo por un sueldo miserable, convierte este chamizo en una oficina limpia y decente. Yo encuentro la solución de mi caso, vuelvo aquí, y hallo a tres clientes, esperando. Dos de ellos nos encargan asuntos rutinarios, pero bien pagados, nos dejan un generoso anticipo, y el tercero me da quinientos dólares y me pide, en nombre de la policía, aunque extraoficialmente, que les ayude a dar con el Asesino del Vitriolo, simplemente porque hay dos testigos que aseguran haber visto entrar de noche al asesino, en este pasaje. Y usted sabe tan bien como yo, que en este pasaje no hay más acceso a un edificio que la puerta de esta casa. Además, este pasaje no tiene salida. De modo que la conclusión policial es contundente: el asesino vive aquí. Y yo debo ser el encargado de dar con él, sin despertar sospechas.

—Es un trabajo fascinante, ¿no cree?

—¡Fascinante! —repitió Boggie con disgusto—. Es horrible, ¿no se da cuenta? Yo nunca he investigado algo así. Ese hombre, además, es un asesino, un loco peligroso. Si llega a sospechar que yo investigo sobre él... podría hacer cualquier cosa.

—¿No tiene usted arma de fuego? —indagó candorosamente la joven.

—Sí, pero jamás la llevo encima. —Slade arrugó el ceño, estudiando a su secretaria—. Tiene razón. Deberé llevarla, de ahora en adelante. De todos modos, es un feo asunto. No me gusta meterme en él, pero no hay otro remedio. Tengo que cooperar con la policía. Y esos quinientos dólares, recaudados entre los chicos de Homicidios, indican dos cosas: que les preocupa mucho el asunto, y que confían en mí para este trabajo. Para mí, esa suma es

importante, por otro lado. Sí, señorita Grayson. Debo aceptarlo, me guste o no.

—¿Por qué supieron ellos que el asesino se metió en esta casa... o en este callejón?

—Muy sencillo. La descripción de cierto individuo, que fue visto huyendo del escenario de uno de los crímenes, coincide con la del hombre a quien vieron entrar en este pasaje, sólo una hora más tarde en la misma noche. Ambos testigos vieron a un hombre con impermeable negro, sombrero de igual color, impermeable también. Guantes negros, un maletín plano, donde se supone lleva su cuchillo y su frasco de ácido, y el rostro velado por una bufanda oscura, de largos flecos.

—Esa descripción podría corresponder a dos personas diferentes, ¿no?

—Sí, podría ser. Pero el guardia patrullero que fue testigo de la entrada del individuo en este pasaje, corrió tras el mismo, sin dar rastro de él una vez dentro del callejón. Sólo la puerta de nuestro edificio podía explicar su desaparición. La halló cerrada, pero descubrió unos hilos de lana negra adheridos a la cerradura. Eran restos de los flecos de la bufanda del hombre, sin duda alguna. Eso indicaba que entró, con cierta premura, en este edificio. Y de él no volvió a salir. Ni se le encontró dentro, pese a bloquear discretamente la zona y registrar la casa entera. De modo que han llegado a una conclusión: es un habitante de esta casa. Ello se ha confirmado al ser hallado otro testigo, el limpiabotas que acostumbra ponerse en la esquina de enfrente. Es un negro joven y bastante perspicaz. Asegura haber visto salir a un individuo de esas señas, una noche sobre las ocho y media, de este callejón, y le perdió de vista cuando el hombre entró en un coche oscuro, de modelo antiguo, aparcado cerca de aquí. La policía no ha localizado tal modelo de coche entre los que poseemos los ocupantes del edificio. Es todo lo obtenido hasta el momento.

—Pero este edificio está casi totalmente destinado a oficinas, ¿no es cierto?

—Totalmente, señorita Grayson. Pero los que tenemos aquí una oficina, o quien, como el dueño del bar de abajo, tiene su almacén de licores en el interior del edificio, disponemos, lógicamente, de una llave para entrar y salir a cualquier hora del día o la noche, ya

que el conserje no acostumbra quedarse de noche vigilando, y duerme apaciblemente en su planta baja, o se queda a oír la radio o ver la televisión. Aquí nunca hubo merodeadores. Ni creen que el tipo del impermeable negro lo sea.

—También es casualidad —sonrió, con cierta malicia, la joven secretaria—. Tener en un mismo edificio a un detective... y a un asesino tan famoso.

—Así es la vida —suspiró Boggie, con cierto tono malhumorado—. Por cierto, señorita Grayson: debo decirle que estoy muy complacido por su labor en esta mañana. Gracias a su eficacia, retuvo aquí a los otros dos clientes, y no perdimos unos casos fáciles, bien pagados por añadidura. Tal vez sea usted un poco mascota, adonde va. ¿Nadie se lo dijo antes de ahora?

—No, nadie —rió ella—. Es mi primer trabajo en Nueva York. Acabo de llegar de provincias. Yo soy de Pineville, Kentucky.

—¡Vaya, somos parecidos, señorita Grayson! —rió a su vez Slade—. Yo nací en Lebanon, Tennessee... Somos provincianos, los dos. Dicen que Nueva York es una inmensa colmena de provincianos que vinieron a esta ciudad en busca de la cumbre... y que rara vez salen del fango de la sima. Creo que tienen bastante razón en lo que dicen. Yo esperaba ser el nuevo Nick Carter de la historia. Y ya ve dónde me he quedado: en un pasaje sin salida del East Side, con una oscura y triste oficina de ínfima categoría.

—No diga eso. Yo he venido para triunfar en la comedia musical y obtener algún contrato para Hollywood —comentó ella, con una suave carcajada—. Más de veinte agentes artísticos tienen mi fotografía y mis datos. Terminé las fotografías y el dinero, y nadie llamó al teléfono de mi pensión para ofrecerme un contrato. Por eso estoy aquí.

—Ya —la miró Boggie, pensativo—. ¿Era mecanógrafa en... en Pineville?

—Sí. Y soñaba con llegar a ser, algún día, otra Betty Grable la segunda Judy Garland en la historia del cine^[1]. Ya ve ahora dónde estoy: justo donde empecé. Pero sabiendo que no es tan sencillo llegar a ser lo que se sueña.

—Eso, seguro. Bueno, ahora hablemos de su salario...

—¿Mi salario? —Pestañeó ella—. Creo que ya dejamos eso bien sentado...

—Pero faltaba un detalle: el porcentaje sobre los casos presentados que se acepten y sean cobrados, a partir de su incorporación al trabajo. Es algo a lo que usted tiene derecho. Digamos que hoy, al haber percibido yo un total de ochocientos cincuenta dólares en efectivo, usted, al percibir un diez por ciento de ingresos, debe cobrar ochenta y cinco dólares, exactamente.

—Pero... ¡pero eso es exagerado, señor Slade! —protestó ella, asombrada—. Sólo soy su empleada. Entra en mis obligaciones cuidar que el cliente le espere y...

—Señorita Grayson, una de mis condiciones de contrato, a partir de ahora, será ésa: el diez por ciento de los ingresos, más su salario convenido. ¿De acuerdo?

—Si usted quiere... Pero no creo que eso sea habitual en mi trabajo.

—No tema. No todos los días serán iguales, ni mucho menos. Aproveche la buena racha, créame —puso el dinero en billetes de veinte y uno de cinco, ante la admirada joven, que contempló aquella suma con incredulidad—. Y si puede, ahorre. Cuando vengan los malos tiempos, sólo podré pagarle su salario. Y no siempre puntualmente.

—Está bien —aceptó la muchacha, tomando los billetes, justamente cuando sonaba el timbre de la entrada. Se puso en pie con rapidez—. Un momento. Saldré a ver quién es. Da cierta categoría que sea la secretaria, y no usted mismo, quien reciba inicialmente a los clientes.

—Está bien, usted dispone —suspiró Boggie, risueño—. Lo mismo es otro buen cliente que paga al contado... Si la racha sigue, no tendré más remedio que aumentarle el sueldo a las pocas horas de tenerla empleada, señorita Grayson.

Ella salió sin comentar nada al respecto. Boggie la oyó abrir la puerta de la oficina. Luego, transcurrió un espacio de tiempo durante el cual sólo captó un murmullo de voces. Tras eso, la puerta sonó otra vez. El taconeo se aproximó. Asomó Betty.

—El visitante se marchó —dijo—. Sólo quería entregarle un mensaje.

—Debí imaginarlo —suspiró Slade—. Era demasiado esperar un nuevo cliente el mismo día...

Betty Grayson le tendió el mensaje. Era un sobre largo, cerrado y

engomado. Boggie lo tomó, pensativo. Leyó con curiosidad:

—«Señor Bogarde Slade» —frunció el ceño—. ¡Bogarde! Casi nadie en la ciudad conoce mi nombre de pila completo... ¿Quién se lo entregó?

—Un hombrecillo pelirrojo, no muy bien vestido. Parecía asustado. Tenía prisa. No quiso entretenerse. Me puso el sobre en la mano, y salió corriendo.

—Ya —dio vueltas al sobre. Luego, lo rasgó con el cortapapeles. Extrajo un pliego doblado. Y un talón bancario. Lo desdobló, sorprendido. El talón, por supuesto.

Pegó un respingo en su asiento, y emitió un silbido de asombro. Para un solo día, eran demasiadas emociones, sin duda. Betty Grayson le miró, alarmada.

—¿Ocurre algo, señor Slade? —se interesó.

—¿Si ocurre? —Agitó el talón bancario, repentinamente excitado—. ¿Cree que no es todo un acontecimiento recibir un talón nominal, pagadero a mi nombre, por la suma de cinco mil dólares, así como quien no quiere la cosa?

—¿Cinco mil? —Dilató sus ojos Betty Grayson, con estupor—. Pero eso... eso significa...

—Sí, querida —silabeó Boggie roncamente—. Eso significan quinientos dólares para usted, siempre que no se trate de un regalo de Papá Noel. Y las Navidades aún están muy lejos... Veamos a quién debo matar por esa suma...

Entonces, tomó el papel adjunto y lo desdobló. Su texto fue como un impacto para él.

«Querido Boggie:

»Tal vez ya ni siquiera me recuerdas. Pero yo a ti, sí. Te necesito. Y con mucha urgencia. Estoy asustada. Muy asustada. Desde la última vez que nos vimos, las cosas han cambiado mucho. Ya no soy la que era, Boggie. Pero quiero que, para ti, siga siendo la pequeña Daisy de siempre.

»No dejes de atender esta llamada apremiante. Sólo confío en ti en estos momentos. Estoy muy asustada. Es cuestión de vida o muerte. Ven esta noche a verme. Estaré en Birdland a las diez. No faltes.

»Te adjunto un cheque para tus gastos. Es sólo un

anticipo. El dinero no es mi problema. Quizá por obtenerlo tan deprisa, estoy en dificultades.

»Por el amor de Dios, Boggie. ¡No me dejes, en esta ocasión!

»Tu vieja compañera de colegio,

»Daisy Davenport».

«P. D. —No preguntes por mi nombre en Birdland. Nadie me conoce por él. Pregunta por Linda Love. Soy yo».

—Daisy... —repitió Boggie entre dientes—. Daisy Davenport... ¡es Linda Love, la famosa modelo! ¡Cielos! Así tenía algo esa chica que me resultaba familiar. Pero ¿quién iba a imaginar a la pecosilla Daisy... con esa melena platino, ese tipo, esas formas...? Claro que, entonces, ella tenía sólo diecisiete años, y yo diecinueve...

—¿Una vieja amiga? —preguntó Betty Grayson.

—Algo más que eso —la miró Boggie Slade, pensativo—. Una compañera de colegio. Mi primer amor en Lebanon, Tennessee, cuando era un mozalbete. Mi primer baile, con una orquesta que tocaba *Jarrita marrón*, tratando de copiar lo mejor posible a Glenn Miller... Todo eso fue Daisy para mí, por entonces. Y ahora, me pide ayuda. Me envía cinco mil dólares... sólo como un anticipo. Y dice que tiene miedo. Pero miedo... ¿a qué?

Había dejado el mensaje sobre la mesa. Betty Grayson se inclinó a leerlo. Luego, hizo un comentario breve e inesperado, que hizo estremecer a Boggie.

—Yo creo que tiene miedo... a morir —dijo ella—. A que alguien la mate, señor Slade.

—Sí —susurró Boggie sordamente—. Es lo mismo que yo había pensado...

CAPÍTULO II

Neil Farrow era el conserje del edificio, desde hacía muchos años. Slade recordaba haberle visto siempre allí, desde que él alquilara el despacho 2033, de la segunda planta de la casa de oficinas situada en el callejón del East Side. Era un hombre fuerte, canoso y afable, que se ocupaba de atender reclamaciones sobre el mal funcionamiento de la calefacción o sobre cualquier otra deficiencia del viejo y destartado edificio. Aparte de eso, era poco lo que intervenía el viejo Farrow en las cuestiones de los inquilinos.

Ahora, movía la cabeza con cierta extrañeza, ante la pregunta que acababa de hacerle Boggie Slade. Sus palabras fueron de perplejidad y extrañeza:

—¿Está usted seguro de que alguien pudo meterse en su despacho, una de estas noches? —insistió.

—Sí, estoy convencido de ello —afirmó Boggie, con firmeza—. Es la primera vez que me sucede, y no logro explicarme quién pudo ser el merodeador que dispusiera de una llave maestra, y de oportunidad para meterse en mi despacho durante la noche, Farrow.

El conserje se frotó el mentón, pensativo. Parecía sinceramente desorientado. Llevaba encima solamente una camiseta, sucia y zurcida, con la que sin duda trabajaba metido en el sótano, cuidando de la caldera de la calefacción, para no recibir más reclamaciones airadas de los ocupantes de las oficinas.

—Pues... no sé —confesó, vacilante—. Que yo sopa, solamente existe una llave maestra, capaz de abrir todas las oficinas del edificio, y ésa la tengo yo. Por otro lado, durante la noche no entra aquí ningún extraño.

—¿Y de los demás arrendatarios de oficinas?

—Bueno, ellos nunca pasan después de las seis o las siete de la tarde, como es natural. Salvo dos excepciones, desde luego.

—¿Qué excepciones? —indagó con viveza Boggie.

—Usted debe saberlas. Su vecino de oficina, el de la 2034. El fotógrafo Nelson Keefe. El señor Keefe acostumbra quedarse hasta muy tarde, o bien a volver ya de noche, para revelar fotografías y todo eso. Pero supongo que el señor Keefe no se atrevería a curiosear en su despacho, aunque tuviera oportunidad de ello. Es un hombre que parece honesto. Además, dudo que tenga una llave que abra su oficina, señor Slade...

—Sí, parece difícil. ¿Quién es el otro, Farrow?

—¡Oh! Me refería a Kowalsky.

—¿Paul Kowalsky, el dueño del bar de abajo?

—Eso es. Él tiene un almacén de bebidas en la primera planta. A veces entra y sale, para reponer existencias en su bar. No es frecuente, pero puede hacerlo sin que sorprenda a nadie, entrando en la casa incluso de madrugada. Pero tampoco Kowalsky parece el hombre capaz de merodear por otras oficinas...

—Vistas así las cosas, parece que tiene usted razón —suspiró cansadamente Slade—. ¿No hay posibilidad de que alguien tenga la llave de la puerta de la calle, sin usted saberlo, Farrow?

El conserje se rascó la cabeza, pensativo. Luego, se encogió de hombros.

—Mire, voy a serle franco, señor Slade. En este edificio ha habido siempre numerosas oficinas y despachos alquilados. Mucha gente pasó por ellos, desapareciendo luego, al terminar su período de alquiler, sin que se supiera más de ellos. ¿Quién podría saber si cualquiera de ellos no se hizo una copia de las llaves, conservándola luego, tras dejar su oficina desalojada?

—Sí, es una posibilidad —aceptó Slade, ceñudo.

—¿Le quitaron algo, señor Slade? ¿Notó alguna cosa en falta? —Mostró el conserje su preocupación.

—Bueno, no creo que haya nada en mi oficina que pueda tentar a nadie —rió de buena gana Boggie—. La máquina de escribir es el único objeto apetecible que podrían hallar. Y es demasiado voluminosa y pesada para tentar a nadie... Pero no me gusta que nadie husmee en mis cosas. Tengo documentos, llevo casos confidenciales, y...

—Lo comprendo muy bien, señor Slade —suspiró el conserje Farrow—. Yo vigilaré, en lo sucesivo, porque eso no se repita.

Aunque, naturalmente, mi conserjería está en los bajos y cuando me retiro a descansar o estoy aquí, en los sótanos, cuidando de la caldera, cualquiera podría meterse en el edificio sin yo advertirlo.

—¡Claro, Farrow! —sonrió Boggie—. No pretendo culparle a usted de nada. Sólo quería saber si era posible que algún tipo pudiera entrar aquí, siendo ajeno a la casa. O que alguno de los inquilinos anduviera por el interior del edificio a horas de la noche. Veo que ambas cosas son factibles. De modo que es posible cambie la cerradura o le añada otra más, como medida elemental de seguridad.

—Sí, no hay inconveniente en que lo haga, siempre que cuando usted deje ese despacho, la desmonte o inutilice.

—Perfecto, Farrow. Así lo haré. Gracias por todo —y Boggie dejó el húmedo sótano, impregnado de fuerte olor del *fuel-oil* destinado a la calefacción, encaminándose al exterior.

Se detuvo en el bar de Kowalsky, situado en la planta baja del edificio. Era un local pequeño y oscuro, donde nunca había demasiada gente. Esta vez, casualmente, además de Paul Kowalsky, su moreno, velludo y sonriente propietario, cuyo origen europeo y semita resultaba difícil de ocultar, se hallaba sentado en la barra un único cliente: el fotógrafo Nelson Keefe, su vecino de oficina.

—¡Hola! —saludó Boggie, entrando en el bar—. Parece que vamos a tener hoy lluvia, ¿eh?

—Sí —bostezó Keefe, contemplando absorto su jarra de cerveza—. Esta humedad me da dolor de cabeza. Y además me duele la espalda, ¡maldita sea! La artritis, supongo...

—¿Otra vez le duele la cabeza, Keefe? —se sorprendió Kowalsky, dejando de secar vasos para ir a atender a Boggie, mientras en la máquina tocadiscos sonaba una versión lánguida de Stardust—. Debería ir al médico. Puede ser jaqueca... ¿Qué toma, Slade?

—Cerveza, también —suspiró Boggie. Miró, pensativo, al fotógrafo—. ¿Quiere aspirinas? Siempre llevo algunas encima.

—No, gracias —resopló Keefe, sacudiendo la cabeza negativamente—. No me hacen nada. Creo que Kowalsky tiene razón. Debería hacerme examinar por un médico. Los dolores son cada vez más fuertes. Es posible que sea una jaqueca crónica. O tal vez algún tumor, nunca se sabe. A veces resulta insoportable, sobre

todo cuando cambia el tiempo, ¡maldita sea...!

—Bueno, a mí no me da tan fuerte, pero noto como un martilleo en las sienes —suspiró Boggie, ceñudo, empezando a tomar su cerveza—. Cuando empiece a llover, estaré mejor. Son neuralgias sin importancia. Pero usted debería cuidarse, Keefe.

—Trabajo demasiado —refunfuñó el fotógrafo—. Pero ¿quién no lo hace, tal como están las cosas? Hay que aprovechar cuando hay trabajo, cosa que no siempre ocurre... Ahora mismo debo subir a trabajar en unas ampliaciones artísticas y, al menos, tendré para tres o cuatro horas extra, aunque me estalle la cabeza, ¡maldita sea!

Kowalsky y Boggie cambiaron una mirada significativa. El dueño del bar sonrió, a la sombra de su ganchuda y abultada nariz hebrea, limpiando la superficie del mostrador con un paño, de forma mecánica.

—¿Cómo van esas investigaciones, Slade? —se interesó—. ¿Muchos adulterios en nuestra ciudad?

—Demasiados —rió Boggie entre dientes—. La sociedad americana está podrida, Kowalsky. Si yo fuese un puritano, diría que el castigo bíblico está al caer. Pero no lo soy, y vivo de esa podredumbre, de modo que allá la sociedad con sus lacras.

—Sí, supongo que lo mejor es dejar que cada cual haga lo que le venga en gana —suspiró Kowalsky, cuya mirada se fijó en la cristalera del local, a espaldas de sus dos clientes—. Mirad. Ya empieza a lloviznar...

—Menos mal —resopló Boggie. De pronto, hizo una pregunta a Kowalsky—: ¿Te has encontrado, alguna vez, con un intruso en el interior del edificio, cuando subes a por algo de bebida a tu almacén?

—¿Cómo? —El dueño del bar se sobresaltó, mirándole con extrañeza. Junto a Boggie, el fotógrafo Keefe pareció también olvidarse de su dolor de cabeza, y clavó una mirada de sorpresa en el detective—. ¿A qué se refiere, Slade?

—Bueno, alguien estuvo la otra noche husmeando en mis cosas, allanando la oficina con una llave maestra —utilizó Slade su mentira predilecta—. Eso no me gusta. Y no creo que fuese cosa de ninguno de nuestros vecinos.

—¿Cuándo sucedió eso? —se interesó Kowalsky, sin quitarle los ojos de encima.

—Anteanoche —dijo, sencillamente, Boggie—. Y tuvo que ser tarde. Yo abandoné la oficina a las siete y media de la tarde.

—Anteanoche... —Era Keefe quién hablaba ahora—. Eso fue cuando ocurrió aquello.

—¿Cuando ocurrió... qué? —Se hizo Boggie el inocente, girando la cabeza hacia él.

—Un policía vio entrar a alguien en la casa —explicó el fotógrafo—. Yo estuve trabajando hasta muy tarde esa noche. Las patrullas bloquearon la zona. Tuve que justificar mi presencia en el edificio cuando me detuvieron los controles en la calle. Al parecer, suponen que había dentro un asesino.

—¡Oh, ahora recuerdo! —asintió Kowalsky—. Sospechan que era El Asesino del Vitriolo. Yo subí esa noche dos veces, para recargar de botellas la estantería. Pero no vi a nadie.

—Yo tampoco —confirmó Keefe, con aire aburrido—. Pero quizá ese tipo se ocultó en su oficina, Slade.

—Sí, quizá. —Boggie se encogió de hombros, apurando su cerveza. Pagó, y se encaminó a la salida, subiendo el cuello de su impermeable. La lluvia se intensificaba—. Hasta otro rato, amigos. Yo también tengo trabajo especial hoy. Pero no en mi despacho...

Salió al exterior, despedido por Kowalsky y Keefe cordialmente. Echó a andar bajo la llovizna, camino del aparcamiento donde tenía su viejo automóvil azul.

Iba a su cita con una mujer a la que no veía desde hacía años enteros. Una mujer a la que conociera siendo ambos adolescentes. Ahora, ella era famosa bajo otro nombre y apariencia física, en el mundo sofisticado de la publicidad y los modelos. Parecía tener dinero en abundancia. Y también problemas. Problemas graves que habían despertado el miedo en ella.

Suficiente miedo como para recordar al antiguo camarada de estudios en Lebanon, y pedirle ayuda. Una ayuda que sonaba a desesperada, a urgente.

Por ello iba a olvidarse ahora, momentáneamente, del Asesino del Vitriolo, para pensar un poco en Daisy Davenport, alias Linda Love en su vida actual de *pin-up* y *cover girl*.

Se encaminó a Broadway, en su cruce con la Cincuenta y dos. Allí estaba Birdland, el local llamado también *Jazz Corner of the World*. El lugar con dos grandes especialidades, famosas en todo

Nueva York: sus sabrosos asados, y el buen *jazz*, interpretado por las mejores orquestas del género.

Allí le esperaba Daisy. Allí estaría él puntualmente, puesto que la antigua enamorada colegial le esperaba casi de modo patético.

Boggie Slade no lo sabía. Pero lo sospechaba. Algo le decía que iba al encuentro de nuevas dificultades. Y quizá de algún peligro también.

Un peligro que, de momento, no lograba intuir. Pero que estaba seguro existía en la vida actual de Daisy Davenport. De Linda Love, mejor dicho...

Duke Domino al piano y Angie Horne cantando *blues*.

Algo poco común. Un plato de gran exquisitez para el paladar delicado del *gourmet* que sabe paladear la buena música de Nueva Orleans. Boggie era uno de ellos.

El Birdland nunca acogía medianías. Domino y Angie eran figuras de clase, auténticos divos del *jazz*. Él había estado dos veces en la cárcel. Ella había sido acusada por uso de estupefacientes, pero no llegó a ser procesada por ello. Era su modo de vivir, su mundo. Pero eso no importaba. Musicalmente, eran algo grande.

Boggie se sentó en una mesa arrinconada, no lejos del estrado donde sonaban las teclas mágicas del piano de Duke Domino. La voz, aterciopelada a veces, ronca otras, de Angie Horne, llamada por muchos «el rruiseñor negro», le llegaba en oleadas cálidas, sensuales, casi estremecedoras. Desde su asiento, podía captar en escorzo violento, que realizaba su agresividad, las nalgas del moreno cuerpo de mujer, adherida la carne a la tela vaporosa, levemente húmeda de transpiración en el cargado ambiente del local. Poseía un trasero descarado, llamativo, y unos muslos largos y firmes. La blusa revelaba el oscuro tono de sus prietos senos, desnudos bajo el fino tejido, sin corpiño alguno que los ocultara a la vista. Angie Horne era sexo y cadencia, era música y sangre, ritmo y sensualidad.

Fuera, llovía torrencialmente. Una humedad viscosa flotaba en la noche neoyorquina. Allí dentro, esa humedad parecía condensarse en el rostro ancho y risueño del pianista, empapándolo de gotas de sudor que brillaban bajo la luz.

—Un *whisky* —pidió Boggie al camarero—. Espero a alguien.

—¿Una mujer? —indagó el camarero, curioso.

—Eso es. Una mujer. Me citó aquí. A las once.

—¿Linda Love, acaso?

—Exacto —enarcó las cejas. Miró al camarero—. ¿Cómo lo sabe?

—Ella estuvo aquí. Muy poco tiempo. Se fue deprisa. Tenía algo que hacer. Dejó esta nota para el caballero que viniese a reunirse con ella.

Sacó algo de su bolsillo. Lo puso ante Boggie. El detective se lo cambió por un billete enrollado de cinco dólares. Boggie abrió el sobre cerrado, cuando se alejó el camarero a por su *whisky*.

No era muy extensa la nota. Pasó sus ojos ceñudos por ella:

«Boggie:

»Debes perdonarme este plantón. Ha ocurrido algo inesperado. Y grave. Tengo más miedo que nunca. Me persiguen. No sé lo que va a ocurrir. Por favor, es mejor que no nos vean juntos en público. Te espero en un apartamento que una amiga mía posee en Riverside Drive. Ella está fuera. Tengo su llave. Es el edificio Metropolitan. Apartamento 1022, piso décimo. Te dejaré una llave en la entrada, dentro de un macetón de la acera, a la derecha de la puerta. A las doce y media de esta noche. No faltes. Te necesito.

»Daisy».

Guardó el escrito en su bolsillo, y tomó un sorbo del *whisky* que acababan de poner ante él. Escuchó los *blues*, mirando su reloj de pulsera. Sólo las once menos diez. Casi dos horas de espera. Su mirada se perdió en los vibrantes pechos morenos de Angie Horne.

—¡Cerdo! ¡Maldito sucio maricón!

Luego, el puño chocó con su mentón y le lanzó atrás en el asiento, ante la sorpresa de los músicos, del camarero, y sobre todo del propio Boggie Slade.

A los insultos, había seguido aquel mazazo imprevisto, que casi le rompe la mandíbula. Boggie se irguió, vacilante, mirando de modo turbio al salvaje que le había agredido.

Era un tipo grande, macizo, de enormes manos, rostro aplastado, como un luchador, y orejas deformes. Pese a todo eso, vestía con cierta elegancia un *smoking* amplio, color azul oscuro, y corbata de

lazo. Parecía dispuesto a pegarle otra vez.

Boggie se limitó a tomar su vaso y arrojar el *whisky* y los cubos de hielo al rostro del agresor. Luego, apartó la mano y se fue sobre él, martilleándole brutalmente en el hígado y el estómago con sus puños.

Cuando el agresor lanzaba un gruñido sordo y doblaba la cabeza hacia el suelo, le descargó en la nuca un mazazo tremendo, con ambas manos unidas. El tipo agresivo se derrumbó ante él como un fardo.

Los músicos negros habían cambiado el melancólico *blues* por un trepidante ritmo que disimulara un poco la reyerta. Tres camareros se pusieron por medio con rapidez. Cole oyó hablar a uno de ellos con sorpresa:

—¡Cielos!, si es el señor Lamberth... Vaya lío...

—¿Lamberth? —rezongó Boggie, agresivo, mirando al caído y al camarero, alternativamente—. ¿Quién es ese pájaro?

—Un tipo influyente, señor —dijo el interpelado—. Un buen cliente de la casa, además.

—Yo no le pegué primero. Él se me echó encima como un salvaje. Sólo me defendí. Es mi derecho, ¿no?

—Desde luego, señor. Pero el señor Lamberth es mal enemigo... —apuntó otro camarero—. Dicen que tiene mucha influencia en la ciudad. Y que muchos grandes del mundo de los negocios nocturnos le deben favores a él...

—Entiendo. Una especie de «padrino» con aires de caballero... —dijo Boggie, despectivo—. Tal vez me confundió con otro...

—Si tu nombre es Boggie Slade, no te confundí con nadie, bastardo —silabeó ahora la voz rasposa del caído, mientras se recuperaba entre varios camareros—. La próxima vez te haré pedazos, no lo dudes.

—Soy Boggie Slade, pero no me dejaré hacer pedazos por ningún tipo de tu calaña, Lamberth. Aparte de eso, creo que por suerte no nos conocemos de nada.

—Andas tras de Linda, y eso basta —jadeó el otro, mirándole aviesamente—. Déjala en paz, o te arrepentirás. Creías que vendría aquí a reunirse contigo, ¿no es cierto? Ya ves que no está. Ni dejaré que vaya en busca tuya. No te metas en mis asuntos, cucaracha, o te aplastaré bajo el pie sin dificultades.

—¡Vete al diablo! —rezongó Boggie Slade con un encogimiento de hombros—. He venido a tomarme tranquilamente una copa y escuchar buena música. Espero que, por muy influyente que este tipo se crea, ustedes deben sacarlo de aquí. Yo no comencé todo esto.

—Él tiene razón, señor Lamberth —dijo un jefe de camareros al otro—. Por favor, salga ahora de aquí, serenen ambos sus ánimos...

—Ya me voy —declaró Lamberth con dignidad ofendida, caminando hacia la salida del Birdland. Se estiró el arrugado *smoking*, y se irguió, moviéndose con paso largo hacia la puerta. Sin volverse, su voz sonó chirriante—: Nos veremos de nuevo, Slade. Nos veremos...

Abandonó el local. La calma volvió al lugar, y la orquesta reemprendió los interrumpidos *blues*. Desde el piano, la cara gorda y redonda del sudoroso Domino le lanzó un guiño malicioso. Angie Horne, por su parte, volvió hacia él sus labios carnosos, sensuales, modulando las palabras de su canción con la mirada fija en el detective.

Boggie, pensativo, saboreó su *whisky*, preguntándose quién era, realmente, el tal señor Lamberth.

Y cuál sería su relación con Daisy...

CAPÍTULO III

—¿Quién es Lamberth? Claro, señor Slade. Lo sé muy bien. Mucha gente lo sabe aquí. Para bien o para mal.

Era el gordo, sudoroso Duke Domino, quien hablaba así, con un *whisky* ante sus sedientos labios gruesos. Estaba sentado a la mesa de Boggie, tras aceptar su invitación durante un descanso de la orquesta.

Unas grabaciones de música ambiental de *blues*, mantenía en el local su peculiar atmósfera, mientras los músicos descansaban. Boggie trató de puntualizar más:

—Yo no había oído hablar de él. ¿Tan importante es?

—Lo es. Pero aún se cree más importante —Duke bajó el tono, mostrándose confidencial al inclinarse sobre la mesa—. Josuah Lamberth... Dicen que perteneció al Sindicato del Crimen, pero nadie ha podido demostrar eso. Es un cabecilla del hampa. Maneja muchos negocios diferentes, no todos completamente legales. Dicen que manipula asuntos de prostitución y de corrupción de menores, pero eso tampoco se ha probado.

—Buen elemento... —comentó Boggie—. ¿Conoces a Linda Love, Duke?

—¿La modelo de publicidad? —asintió el pianista de color—. ¡Claro! Viene a menudo por aquí. Le encanta el buen *jazz*.

—¿Por qué me golpeo Lamberth con tanta ira? ¿Tienes alguna idea al respecto?

—Podiera ser —sonrió maliciosamente Domino—. Esa modelo tiene amistad con Lamberth. Muchas veces vienen juntos o se reúnen aquí. No sé si es relación puramente comercial o no, pero el tipo parece colado por ella. Linda es tan bonita... tan atractiva... Lamberth negocia también con *starlets*, modelos y todo eso. Pero dudo que sea con fines limpios.

—¿No te cae bien ese tipo?

—No, en absoluto. Me sentí feliz al verle en el suelo. Le dio un buen escarmiento, señor Slade. Pero tenga cuidado. El tipo es peligroso. No le habrá gustado esta humillación.

—Lo tendré en cuenta, Duke. Gracias por el aviso.

—De nada, amigo —suspiró el pianista, apurando su *whisky* e incorporándose—. Debo volver a tocar. Ahora sólo música... Angie cantará más tarde.

Boggie asintió, meditativo. Domino subió al estrado para seguir su actuación. Los demás músicos le imitaron. Sólo la negra cantante estaba ausente.

Boggie consultó de nuevo su reloj con impaciencia. Las once y veinte minutos. Todavía más de una hora para reunirse con Linda-Daisy, en un apartamento de Riverside Drive. Sentía cierta impaciencia. No sabía en qué consumir aquella lenta espera.

Alguien le dio la solución inesperadamente.

Un aroma de carne cálida, de piel morena, llegó a él. Unas manos suaves se posaron sobre sus hombros, y subieron por su cuello, hasta rozar sus orejas y apoyarse luego en sus sienes.

Eran dedos largos, sedosos, acariciadores. Y oscuros, con largas uñas plateadas.

Notó Slade un leve escalofrío hormigueando en su espina dorsal. Sus nervios se enervaron. Sabía cuándo el contacto era de unas manos de mujer.

—¡Hola! —saludó, sin volverse—. ¿Tomas algo conmigo?

Las manos de ella descendieron de nuevo. Rozaron su cuello, para volver a subir, sutiles, y hundirse en sus cabellos desordenados.

—Lo que quieras —musitó la voz junto al oído.

Voz de terciopelo o de roncos tonos sensuales. Voz de fuego y de sangre ardiente. Se apoyó ella en su espalda. Notó la proximidad de la piel cálida. Su olor silvestre, de mujer de color, limpia y fragante, le llegó nítido. El estómago de ella rozaba su cabeza, a través del tejido de su vestido, levemente húmedo por el calor del local.

—Siéntate —pidió Slade.

—No —negó ella, ronroneante—. Mejor lo tomamos en mi camerino. Es más discreto, más íntimo. Y se oye la música con más nitidez que aquí. ¿Vienes?

Slade se incorporó. Por un espejo del local, vio la figura de la

negra Angie, piel canela oscuro, formas sinuosas, moviéndose cimbreada entre las mesas, camino de una cortina situada al fondo. Boggie suspiró, admirando el movimiento de sus nalgas, pegadas al tejido. La siguió, con su vaso de *whisky* en la mano. Era el tercero que ingería.

Llegó arriba, a un corredor al que, como ella dijera, la música de Duke Domino y su gente llegaba más suave pero más nítida. Ella le miró, abriendo lentamente una puerta.

—Tengo media hora de descanso —murmuró—. ¿Y tú?

—Una hora de tiempo —sonrió Boggie, caminando hacia ella.

Entró tras la cantante en el camerino, pequeño y angosto. Un tocador con un espejo rodeado de bombillas mate, un armario con ropa, un par de sillas y un sofá. Eso era todo en la estancia. La mujer de piel de ébano claro se irguió ante el espejo. Le miró a través del cristal.

—Siéntate —musitó—. En el sofá. Es más cómodo. ¿Quieres *whisky*?

Asintió Boggie, como distraído. Ella hurgó en el armario. Extrajo una botella y un vaso. Era buen *bourbon*. Del mejor. Sirvió un chorro a Slade en su vaso. Se puso ella otra dosis en el suyo vacío. Chocó el vaso con el de él.

—¡Salud! —dijo—. ¡Salud, muchacho!

—¡Salud, Angie! —respondió Slade, bebiendo.

Ella dejó de beber. El *whisky* brillaba, dando humedad a su boca carnosa. Exhibió la rosada puntita de su lengua, y se relamió los labios lentamente. Los ojos eran dos oscuros carbones ardientes.

—Me gustas, Boggie —dijo.

—Tú también a mí —sonrió él—. ¿Cómo sabes que me llamo Boggie?

—Se lo pregunté a Duke Domino. Él me habló de ti. Le diste una buena a ese Lamberth.

—Sí. Él se lo buscó. ¿No es amigo tuyo?

—¿Ese cerdo? Es un hijo de... perra. Quiso contratarme para un feo asunto de prostitución. Había dinero de por medio. Pero hay cosas que yo no las hago por dinero.

—Lo entiendo. Me gustaría saber más cosas de ese puerco.

—Te las contaré —rió Angie de buen humor—. Te las contaré, Boggie. Tenemos tiempo de eso. Y de mucho más...

Su brazo esbelto se alargó. Los oscuros dedos manicurados con uñas plateadas corrieron un pestillo en la puerta del camerino. Ella rió, con risa ronca, insinuante. De súbito, tiró de su blusa. Tenía una cremallera. Deslizóse la ropa al suelo. Sólo quedaba su falda abierta a un lado, mostrando el muslo terso.

La piel negra brillaba, sedosa, suave. Se aproximó contoneándose, hasta donde yacía Boggie, tendido indolente en el sofá.

—¿Te gusto, de veras? —preguntó, susurrante.

—¿Tú qué crees? Podría demostrártelo, Angie...

—Sí. Demuéstramelo, amor...

Y cayó sobre él, justo cuando la liviana falda se escurría sobre sus caderas prominentes. Un desnudo cuerpo de ébano ardiente cayó encima de Boggie. Lo abrazó contra sí.

—Angie... —murmuró Boggie, que nunca había sido un segregacionista, ni mucho menos.

La carne morena temblaba, ardorosa, entre sus brazos, mientras los *blues* de Duke Domino sonaban allá lejos, suaves y melancólicos...

Ya no llovía cuando Boggie Slade asomó a la puerta del Birdland. Casi eran las doce y diez. Tenía el tiempo justo para llegar a Riverside Drive, teniendo en cuenta lo escaso del tráfico en aquellos momentos.

Su mente estaba llena de recuerdos amables de una hora intensa y apasionada. También informes sobre Josuah Lamberth, cabecilla presuntuoso del hampa neoyorquina. Hombre metido en negocios de prostitución y corrupción de menores, entre otras cosas. Esa clase de tipo andaba relacionado de alguna forma con una chica como Daisy Davenport, alias Linda Love, en su brillante vida de modelo en Nueva York. Vida que quizá no fuese tan brillante como parecía a primera vista...

Angie no sabía mucho sobre las relaciones entre ella y Lamberth, pero intuía que la joven tenía miedo, que se mostraba respetuosa, y como intimidada, por la presencia de Lamberth junto a ella.

—Y no es extraño —había terminado informándole Angie Horne, mientras de nuevo se cubría con sus ropas livianas, para bajar a cantar en el local—. Ese canalla tiene fama de tratar mal a las chicas. Muy mal. Incluso se habla de que a veces ha usado una

navaja, una hoja de afeitar... o vitriolo, para desfigurar a una chica demasiado rebelde...

Vitriolo. La palabra había puesto tensos los nervios de Boggie. Claro que no podía tener nada que ver con el famoso psicópata buscado por toda la policía de la ciudad. Pero instintivamente sintió náuseas y aversión hacia el tipo con quien tan inesperadamente chocara aquella noche. Lamberth no sólo conocía su relación juvenil con Daisy, sino que estaba enterado de que ella le había citado, y quería evitar un encuentro. Quizá todo el miedo de ella lo provocaba aquel rufián. Ahora, éste quería intimidar también a Slade.

—Eso va a serle más difícil —comentó Boggie, al hablar del asunto con la morena Angie, al despedirse.

—Quizá. Cuídate de él, sin embargo. Mucha gente le debe favores y haría por él lo que fuese.

—¿Lo que fuese? —dudó Slade—. ¿Incluso... matar?

—Sí —había dicho Angie con sorprendente frialdad y firmeza—. Incluso eso, Boggie. Yo que tú no me fiaría nada de él...

Y así estaban las cosas. Ahora se iba del Birdland. Pero no se fiaba de Josuah Lamberth. Ni de ningún otro.....

Aun así, no pudo prever que las cosas se precipitaran tanto. Apenas pisó la acera, y caminó hacia su coche, aparcado frente al chaflán de la Cincuenta y dos, se dio cuenta de que había cometido dos errores: el primero, no prever un peligro inminente. El segundo, no ir armado.

Pero ya era tarde para rectificar. Los tres individuos surgieron ante él, en el aparcamiento, saliendo de detrás de los coches allí alineados. Los miró, agazapándose al acecho.

Ninguno de ellos era Lamberth, ciertamente. Pero eso importaba poco. Tenían aspecto de profesionales de la lucha. Todos eran sólidos y anchos. «Gorilas» del individuo de los bajos fondos, sin duda alguna.

Miró sus manos. No esgrimían pistolas ni navajas. Pero tenían unos nudillos temibles, y unos dedos anchos y vigorosos. Le miraban sonrientes, pero sus ojos helados no sonreían.

—No tienes escapatoria, amigo —dijo uno de ellos con acritud.

Miró en su derredor. Era verdad. Cada uno de ellos cubría un posible camino de evasión. Quisiera o no, debía enfrentarse a sus

adversarios. Boggie Slade aceptó filosóficamente lo inevitable.

—Muy bien —dijo, pegando sus espaldas a uno de los coches—. Adelante. Veremos lo que sale de esto...

—¡Nada bueno para ti, imbécil! —amenazó uno de los tres bruscamente.

Luego, comenzó todo. Los tres se lanzaron a la vez sobre él. No podían atacarle de espaldas, pero sí por los flancos. Boggie tomó aliento y disparó sus puños y piernas, poniendo en práctica sus elementales conocimientos de defensa personal.

—¡Tomad esto, hermanos! —dijo Boggie con aspereza.

Y logró alcanzar con un puño a uno de ellos, y con un patadón en el vientre a otro. Cayeron ambos hacia atrás, pero simultáneamente el tercer individuo le cazó con un seco mazazo que le envió contra el coche.

Boggie notó que todo le daba vueltas, como un endiablado carrusel. Y antes de que pudiera recuperarse de aquellos efectos, llovieron sobre él golpes al estómago y al hígado, que le hicieron encogerse, tosiendo casi ahogado.

Aun así, todavía logró conectar otro golpe a uno de ellos, y un cabezazo a otro, haciendo vacilar a uno y derribando al segundo. Sin embargo, aún eran dos los que podían, en ese momento, replicar a sus golpes, y lo hicieron a conciencia.

Sintió su cuerpo batido contra el metal de los coches y, finalmente, aunque pudo todavía hincar su rodilla en el vientre de otro, haciéndole blasfemar agudamente, terminó por sufrir un martilleo constante. Notó en la boca el acre sabor de la sangre, y el dolor clavó agujas en su cerebro, haciéndole retorcer bajo la tremenda paliza recibida.

Escupió sangre, notó qué ésta corría por su rostro, procedente de un corte en el pómulos, y luego un nuevo alud de puñetazos y patadas, dieron con él en tierra, sobre el mojado asfalto, entre los coches aparcados.

Lo último que notó fue que todo se convertía ante sus ojos en una negrura profunda. Y esa misma negrura le absorbió.

CAPÍTULO IV

El sabor de la sangre era salobre. El dolor eran mil agujonazos en el cráneo, haciendo insoportable cualquier movimiento o esfuerzo, que centuplicaba esa lacerante sensación.

A pesar de todo, Boggie Slade logró, al fin, ponerse en pie. No sabía el tiempo que llevaba intentándolo, pero al menos lo había conseguido, que ya era algo. Los coches, las luces y el asfalto mojado daban rutilantes vueltas en torno suyo, como si nada en el mundo pudiera estarse quieto.

Lentamente, sin embargo, los giros vertiginosos fueron cediendo de un modo paulatino, y las cosas, por fin, se hicieron sólo bailoteantes, para luego quedarse quietas en su sitio. Entonces sintió náuseas, se aferró al coche más próximo, y vomitó.

Maldijo entre dientes, manteniéndose allí unos momentos, con un sudor frío mojando su piel, y una sensación de profundo vacío en su cuerpo. Logró dar unos pasos, sin que lo que le rodeaba hiciera otra cosa que dar vaivenes, como el mar en un temporal, visto desde la cubierta del navío.

Pero ya no tenía nada en el estómago que pudiese arrojar, de modo que pudo erguirse, con relativa arrogancia, y echar a andar hacia alguna parte. No podía caminar y lo sabía, pero necesitaba despejarse un poco; respirar el frío aire húmedo de la noche, antes de meterse a conducir su coche.

Aun dentro de su confusión actual, recordó mirar su reloj un momento. No había sufrido daños. Y eran ya las doce y cuarenta y dos minutos. Muy tarde para llegar puntual a la cita. Ésta había quedado ya atrás. Pero aun así, intentaría ver a Daisy como fuese. Ni los «gorilas» de Lamberth, ni nadie en el mundo, podrían impedir que él llegase a donde quería llegar.

Cuando su mente se despejó un tanto, y el oxígeno más o menos contaminado de la urbe limpió sus pulmones de peores toxinas,

regresó a su automóvil, abrió la portezuela y se acomodó al volante, poniéndolo en marcha en cuanto se sintió capaz de conducir sin riesgo grave para su vida ni para la de otros ciudadanos.

Enfiló hacia Broadway, en busca de Riverside Drive. El tráfico era escaso, y eso le permitió acelerar cuanto le era posible. Buscó el edificio Metropolitan, y no le fue difícil encontrarlo. En aquella zona del bulevar, resultaba ser el edificio más alto y moderno.

Aparcó frente al mismo. Cruzó la calzada, desierta ya a aquellas horas, salvo algún que otro coche que proyectaba sus faros, allá en la distancia, perdiéndose en la noche brumosa y gris. Del Hudson llegaba un aire frío y pegajoso, que penetraba a través de la ropa.

Cuando estuvo ante la puerta de entrada del edificio de apartamentos, buscó en el macetón de su derecha. No fue difícil dar con una llave «Yale» entre la tierra removida y mojada del mismo, bajo los palmones decorativos de la entrada.

Abrió con ella la puerta del edificio. Arriba, le esperaba Daisy, dentro del apartamento 1022, como decía la nota. Tomó el ascensor. En el edificio no había conserje nocturno. La entrada era automática, o bien se accionaba con la llave de los arrendatarios de los apartamentos. Pulsó el número diez. La cabina metálica le dejó en aquella planta.

No fue difícil encontrar el apartamento 1022. Los números eran grandes y dorados, de hechura moderna, sobre una plancha de madera de caoba. Se acercó al apartamento de Daisy Davenport, conocida en el Nueva York lujoso y mundano como Linda Love, la bella modelo y *cover girl* de moda. La chica de provincias, había llegado alto en la gran ciudad.

Pero Boggie se preguntaba si no sería más dura la caída, cuando en un sitio como Nueva York se alcanzaban pináculos demasiado altos...

Se detuvo ante la puerta numerada con el 1022. Iba a pulsar el timbre cuando notó aquello. La puerta no estaba cerrada.

Apoyó los dedos. La empujó suavemente, muy despacio. La hoja de madera cedió, con lentitud. No emitió ni el más leve chirrido. Las bisagras estaban bien engrasadas.

Boggie asomó al recibidor. Era pequeño y acogedor. Se trataba de apartamentos lujosos. En la tarjeta del vestíbulo había visto, sobre el buzón personal, que correspondía a una tal Emmy Kildare.

Eso era todo lo que sabía sobre la legítima ocupante de aquel piso.

Las luces estaban encendidas. Evidentemente, Daisy le esperaba. Y ni siquiera había cerrado la puerta, para impedirle, quizá, llamar al timbre. Podía ser un exceso de celo. Y también de imprudencia. Si tenía tanto miedo, ¿por qué correr riesgos innecesarios?

—Daisy... —llamó, en un murmullo—. ¡Eh, Daisy!

No respondió nadie. Avanzó unos pasos. Una cortina rozó su mejilla herida, y notó dolor en los cortes producidos por la brutal paliza recibida a la salida del Birdland. Pero siguió adelante, sin inmutarse.

También vio luz al final del corredor, en una estancia que quizá era un *living*. Se movió hacia allá resueltamente, mientras el silencio era toda la respuesta que recibía en el apartamento.

Era un *living*, ciertamente. Y tan coquetón y comfortable como podía serlo el recibidor. Más allá, había otra luz encendida. No hacía falta asomarse para descubrir que se trataba de un cuarto de aseo. La luz se reflejaba en los espejos de un armario de baño.

Boggie se movió con mayor resolución. Era raro encontrar la puerta abierta, y ni el menor rastro de Daisy. Muy raro.

—¡Daisy! —llamó, ya con energía, sin andarse con rodeos—. ¡Daisy, responde! ¿Dónde estás metida?

Esperó, mirando en todas direcciones. Nada. Silencio. Entonces clavó sus ojos en el cuarto de aseo. Algo atrajo su atención, allá en las cortinas de la ducha, que cubrían la bañera con un telón plástico, de color verde y amarillo.

Algo que no debía de estar allí, en buena lógica.

Sangre.

Se puso rígido. Sus nervios se tensaron como cables de una ballesta, prestos a dispararse y, a la vez, dispararle a él en forma de catapulta contra lo que fuese.

Eran surcos rojos, de un escarlata oscuro, sobre el plástico de la cortina de baño. Surcos de sangre.

Boggie frunció el ceño al moverse eh esa dirección. Uno puede cortarse en un cuarto de aseo, afeitándose, por ejemplo. Pero la sangre no salpica tan copiosamente a una cortina, ni mucho menos. Aquello era demasiada sangre. Y en el lugar menos lógico.

Asomó al cuarto de baño. Vio su rostro en el lívido espejo de luz azul. Torció el gesto, preguntándose si los huéspedes de la Morgue

tendrían el mismo aspecto suyo. No podía ser peor en absoluto. Aquellos hematomas, cortes y sangre seca, convertían su cara en un mapa feo y desagradable. Era como si hubiese sostenido recientemente un combate con Joe Louis o con Max Baer.

—Al infierno con todo esto... —rezongó—. ¿Qué diablos pasa aquí?

Entró en el aseo, llegó a la cortina y tiró de ella sin más rodeos.

Dio un paso atrás. Miró con fijeza lo que contenía la bañera, bajo una ducha que goteaba sordamente sobre las ropas del hombre caído allí dentro.

Porque era un hombre.

Y estaba muerto.

Más muerto que su tatarabuela, pensó Boggie cínicamente. Le habían acribillado a cuchilladas. Tenía el pecho, el cuello, las manos y el rostro con una auténtica criba de punzadas hirientes. La sangre había corrido en abundancia, formando un espeso y desagradable amasijo en el fondo de la bañera y sobre sus ropas. Unos ojos desorbitados y vidriosos le miraban con fijeza absurda.

El hombre no veía nada. Nunca vería nada, a menos que los muertos vean desde el Más Allá. Quien hizo aquello, había hecho una buena faena.

Lo más curioso de todo, es que el muerto era Josuah Lamberth en persona.

Entonces sonó el teléfono en alguna parte.

El timbre repiqueteó otra vez. Y otra. Y otra...

Lentamente, Boggie Slade caminó hacia el aparato color rojo que reposaba sobre un mueble, bajo una serie de libros perfectamente alineados en estanterías de nogal.

Lo miró, pensativo. Esperó que sonara una vez más.

Luego, descolgó. Su voz sonó desabrida, con desgana:

—¿Sí? —dijo—. Aquí Metropolitan Building. Apartamento 1022.

—¡Boggie! —clamó la voz—. ¿Eres tú?

Boggie meditó. No podía conocer la voz. No ahora. Pero sumó dos y dos. Sacó cuatro.

—¿Daisy? —quiso saber, aunque ya lo sabía.

—Claro... —Un silencio al otro extremo del hilo—. Boggie, ¿encontraste la llave en la entrada del piso, bajo la moqueta del pasillo? No creí que lo hicieras...

—No encontré nada —dijo secamente Slade—. Sólo una llave del portal en un macetón de la calle, Daisy. Encontré luego la puerta abierta, eso es todo.

—¡Abierta! ¿La del apartamento de Emmy? —Una enorme sorpresa aparecía en la voz de mujer.

—Sí, eso es. Entré... y eso fue todo. ¿Qué ocurre, Daisy? ¿Dónde estás ahora?

—En un sitio desde el que te llamo para disculparme una vez más. Quise esperarte. Pero no me fue posible. Tuve miedo, mucho miedo.

—Miedo, ¿a qué? ¿A quién?

—A alguien... A todo. ¡Oh, Boggie sería largo de contar! No podemos hablar por teléfono...

—Claro que no. Yo no elegí esto. Fui al Birdland y no estabas. Vengo aquí, y tampoco. ¿A qué estás jugando, querida pecosilla?

—Boggie, te lo ruego... —La voz parecía excitada. Y asustada también—. Nos veremos muy pronto, en otro lugar. Alguien sabía de ese apartamento de Emmy... Lo supe esta noche, y me asusté... No quise correr riesgos. Esperaba que fueses para llamarte. Ésta es la tercera vez que llamo. Las anteriores, nadie atendió...

—¿Quién sabía de este apartamento? ¿Josuah Lamberth? —preguntó Boggie duramente.

—¡Oh, no! ¿Cómo sabes tú...?

—Tuve palabras... y más que palabras con Josuah Lamberth, esta noche en el Birdland. Luego, he venido aquí, y le... ¡Un momento, Daisy! ¿Cómo sé que eres tú?

Al otro lado del hilo siguió un tenso silencio. Luego la voz susurró, temblorosa:

—Lebanon, Boggie... Un sábado de setiembre... Un cinematógrafo. La película Casablanca, ¿recuerdas? *You must remember this... a kiss is still a kiss...* Y nuestro primer beso en la oscuridad, apretadas las manos...

—Sí —suspiró Slade, cerrando los ojos para no recordar demasiado—. Eres tú, Daisy. Pero ¿qué demonios significa todo este caos?

—Te lo contaré pronto, Boggie. Te ruego que tengas paciencia conmigo... Todo lo que me rodea es horrible.

—Lo creo. Daisy, ¿sabes lo que sucede aquí realmente? ¿Lo

imaginas, acaso?

—¿Suceder? —La voz de ella mostró una sorpresa enorme—. ¿Qué? No te entiendo...

—Daisy, iba a decírtelo antes. Pero primero era preferible saber si eras realmente tú... Se trata de tu amigo Lamberth. Está muerto y bien muerto.

—¡Boggie! —Casi chilló ella, hiriendo su tímpano—. ¿Qué dices?

—La pura verdad. Yace en la bañera, bañado en sangre... Es Josuah Lamberth. Le cosieron a cuchilladas. No veo el arma homicida por ninguna parte...

—¡Dios mío, no es posible! Me estás engañando...

—Ven aquí y compruébalo, encanto. La situación no resulta muy grata, créeme.

—Boggie, por el amor de Dios... —La voz sonaba agitada, convulsa—. Mañana... mañana, en el cementerio de Queens... Tengo una hermana enterrada allí... Audrey, que también vino a Nueva York en busca de gloria y fortuna. No sé si tuvo mejor o peor suerte que yo. Hay cosas peores que la muerte... A las once de la mañana. Te espero. Ante su tumba... Zona 132, bloque 60... No tiene pérdida...

—Daisy, ¿y si no acudes? Estoy harto de jugar al escondite contigo... —se quejó Boggie amargamente.

—De todos modos, ve allá. Si no estoy... sabrás dónde hallarme luego. Sin falta, Boggie, por el amor de Dios. Te lo ruego.

—Está bien —resopló el detective—. Por una vez más... Pero ¿qué hago ahora con ese cadáver y con...?

Clic.

Había colgado. Ya no tenía comunicación con Daisy, la dulce y pecosa Daisy, de Lebanon; la muchachita a quien besó una tarde sabatina, en aquel cine de barrio, donde proyectaban Casablanca, y Copo de Nieve cantaba, desde el celuloide, la romántica canción:

*You must remember this.
A kiss is still a kiss,
a sight is just a sight...
The fundamental things aplay
as time goes bye...[2]*

Miró con cierto rencor hacia el receptor telefónico, y colgó con un suspiro.

—No hay remedio —murmuró—. Parece la mujer invisible...

Entonces sonaron las sirenas de la policía, en alguna parte del Riverside Drive, no lejos del edificio Metropolitan. No lejos de él. No lejos del cadáver de Josuah Lamberth, el hombre con quien aquella misma noche, unas pocas horas antes, se peleara violentamente en el Birdland de Broadway...

—Esto sí que es un callejón sin salida —exclamó, furioso.

Las sirenas se habían aproximado lo suficiente para que Boggie Slade tomara una decisión rápida y definitiva.

Y la tomó.

Si la policía veía su rostro tumefacto, si los camareros del Birdland recordaban su pelea con Lamberth —que la recordarían—, el resto iba a ser muy fácil para las autoridades y muy difícil para él. Nadie les disuadiría fácilmente de la posibilidad de que el detective privado Boggie Slade era el asesino de Lamberth, tras un nuevo enfrentamiento en el apartamento de una amiga de Daisy Davenport, llamada Emmy Kildare, donde ambos se encontraron, entablando un duelo a muerte.

Aunque nunca llegaran a tostarle en la silla eléctrica, a Slade no le gustaba, mucho ni poco, la idea de verse encarcelado y con una seria acusación de homicidio sobre sus hombros, que en cualquier momento podía convertirse en la de asesinato en primer grado, enviándole directamente a Sing-Sing.

De modo que su sabia decisión consistió en ausentarse de allí con la mayor rapidez posible. Intentarlo por la salida principal, hubiera sido cosa de imbéciles. Por la del garaje y servicios, de arriesgados. Prefirió el mejor y más directo camino: la escalera de incendios, pero en sentido diferente al de cualquier idea de evasión. En vez de descender, ascender más pisos.

Salió por la galería posterior, y comenzó a subir los diferentes rellanos de la escalera posterior de emergencia, hacia el alto tejado de la casa de apartamentos, en tanto los coche-patrulla iban asomando por Riverside Drive, sobre la ancha y larga cinta de asfalto, haciendo girar sus parpadeantes luces rojas. Las sirenas ensordecían ya el aire.

Boggie alcanzó sin muchas dificultades la azotea del edificio, tras pasar ante algunas ventanas iluminadas, a través de las cuales descubrió fugazmente algún que otro desnudo femenino, pero en todos los casos se apresuró a pasar de largo, incluso en uno donde vislumbró, perplejo, una escena rara entre una rubia opulenta y una pelirroja demasiado joven para su singular pareja de turno.

Dejó atrás todo eso, pensando solo en la policía, en Daisy Davenport... y en el feo cadáver ensangrentado de Josuah Lamberth, el reyezuelo del hampa. Una vez en la azotea, corrió en busca de otros edificios vecinos.

Todos eran más bajos que aquél. Pero el vecino tenía una diferencia de dos o tres plantas, que podía salvarse con cierta facilidad gracias a unos desniveles donde se alzaban las chimeneas y salidas de calefacción de los bloques residenciales.

Slade calculó las distancias y comenzó a saltar ágilmente, aunque a cada nuevo intento su cuerpo se resentía con la violencia del esfuerzo, a causa de los golpes recibidos aquella misma noche, a manos de los esbirros del hombre que ahora yacía sin vida en el cuarto de baño de una mujer desconocida para él, llamada Emmy Kildare.

Por fortuna, halló abierta la puerta de un ático, en un edificio situado a corta distancia del anterior, y descendió por sus escaleras rápidamente, en busca de una salida al exterior.

Poco más tarde, conducía su automóvil con rapidez, a través de la noche neoyorquina, alejándose de Riverside Drive y de su área de atención policial, en aquellos momentos. No podía negarse que, dentro de los problemas actuales, había salido bastante bien librado del conflicto.

Sin embargo, no se sentía satisfecho en absoluto. No podía sentirse, después de fracasar sus dos citas con Daisy, pelearse con un desconocido que resultara ser un capitoste del hampa dorada de Nueva York, recibir luego una paliza a manos de tres posibles esbirros suyos y, finalmente, encontrarse con el cadáver de su rival, perfectamente adobado en su propia sangre, dentro de una lujosa bañera de Riverside Drive.

—Demasiado para una noche —rezongó amargamente, aproximándose a su modesto barrio con el automóvil—. Y eso que no me acordaba de lo único agradable que tuvo...

Y ahora sí evocó la piel oscura y cálida de una mujer de color, suspirando apagadamente entre sus brazos, mientras la pasión consumía a ambos en un contacto explosivo y abrasador.

Sí. Decididamente, la ardiente Angie Horne había sido lo mejor de la noche.

Llegó a esa conclusión cuando detuvo su coche frente a la callejuela de la calle Veintitrés Este donde tenía su oficina.

Luego, dirigiéndose al edificio para dormir unas pocas horas en su propio despacho, a la espera del nuevo día, estuvo cada vez más seguro de que el recuerdo de Angie y la hora maravillosa vivida con ella, no sólo era lo mejor, sino lo único realmente digno de haber sido vivido en aquella maldita noche de perros.

Cuando abrió la puerta del edificio y encendió la luz de la lóbrega escalera, decidiendo subir por ésta en vez de usar el ascensor, para no oír más ruidos en su aturdido cerebro, el olor a humedad y vejez de la casa del pasaje sin salida donde tenía su odiado despacho, le hizo jurar entre dientes furiosamente.

Luego, de pronto, la voz le sobresaltó, justo al lado de su hombro, a espaldas suyas:

—Le esperaba, Slade... Llevo toda la noche esperando aquí... Sabía que vendría.

Boggie no pudo evitarlo. Notó un escalofrío.

Aquella voz, en la sombría escalera solitaria, podía muy bien ser la del Asesino del Vitriolo que el teniente Preston y toda la policía de Nueva York buscaban activamente.

Se volvió, temiendo ver el rostro que hallaría en aquellas penumbras sórdidas e inquietantes...

CAPÍTULO V

—¡Kowalsky! ¡Usted!

—Sí —asintió él gravemente—. Soy yo. ¿De qué se asusta, Slade?

Era él. Paul Kowalsky, el dueño del bar de abajo. Su local estaba cerrado. Debía de llevar ya bastante tiempo así. No acostumbraba echar el cierre muy tarde, y menos en noches tan inclementes como aquélla.

—No, de nada... —Boggie trató de mostrarse parcialmente sereno, y estudió a su interlocutor.

Ahora fue éste quién se asustó, en la mal alumbrada escalera, dando un respingo y descendiendo, al menos, tres escalones, ante la visión del rostro de Slade.

—¡Santo cielo! ¿Qué le ocurre? —murmuró, alarmado—. ¿Le atropelló una apisonadora?

—¡Algo así! —rió Boggie de mala gana—. Yo diría que eran tres apisonadoras... Pero olvide eso. Con alcohol, yodo y esparadrapo, me pondré mejor en un par de días. ¿Qué diablos le ocurre a usted, para estar aquí a semejantes horas, esperándome a mí? Ni siquiera pensaba venir esta noche por el maldito edificio. Fue algo de última hora, una decisión tonta.

—Algo, sin embargo, me decía que usted vendría esta noche —los ojos del dueño del bar brillaban, extrañamente, en la sombra. Boggie se estremeció, al pensar en la posibilidad de que estuviera cara a cara con el loco criminal del vitriolo, dispuesto a borrar a un presunto adversario de la faz de la tierra—. Me alegra que así sea, Slade.

—Acabemos, Kowalsky. ¿Qué sucede aquí?

El cantinero meneó la cabeza pesaroso, haciendo un gesto con un dedo sobre los labios, que desde tiempo inmemorial significaba silencio y prudencia. Luego, susurró:

—Amigo mío, estoy preocupado. Y asustado.

—¿Preocupado? ¿Asustado? ¿Por qué?

—Alguien entró esta noche en mi almacén de la primera planta. Le sorprendí.

—Vaya... —Slade arrugó el ceño—. Eso puede ser interesante. ¿Un intruso?

—¡Y tanto que lo era! Pero no ningún tipo ajeno a este edificio. Sencillamente, usó una llave maestra para entrar allí. Lo sorprendí dentro, y me dijo que era un error. Se marchó como un gato acosado por una jauría de perros, pidiendo disculpas.

—¿Quién era?

—Nelson Keefe, ese maldito fotógrafo vecino suyo —Kowalsky sacudió la cabeza—. Parecía realmente asustado de que lo descubriese en mi almacén de bebidas.

—Entiendo. ¿Dijo algo más? ¿Se justificó de alguna forma?

—No, nada. Se limitó a salir disparado. Es todo, No sabía qué hacer, Slade.

—¿Ha llamado a la policía?

—¿La policía? —El horror asomó al rostro del cantinero—. ¡Cielos, no! ¿Qué podría decirles, de qué acusaría a ese pobre diablo? Preferí esperar a decírselo a usted. Pero me preocupan esas cosas. Usted habló de... de un posible merodeador nocturno. Y ahora, sucede lo de Keefe... Todo esto es muy raro, ¿no?

—Vaya si lo es... ¿Ha visto a Farrow, el conserje?

—No. Lo busqué para decírselo, pero no logré dar con él... Ya era muy tarde, Slade.

—Está bien, Kowalsky. Deje el asunto en mis manos. Hablaré con Keefe. Y sacaré en claro lo que sucede aquí, no tema. Usted hará bien en cambiar la cerradura y ponerla más segura.

—Sí, lo había pensado ya. Mañana lo haré. Bueno, Slade, perdone y... buenas noches.

—Buenas noches, Kowalsky.

El dueño del bar descendió las escaleras. Boggie oyó la puerta del edificio cerrándose tras él. Se quedó quieto unos momentos, reflexionando. Luego, suspiró, movió la cabeza y echó a andar escaleras arriba.

Al llegar a su planta, se llevó una sorpresa. Había luz en el estudio de Keefe. Dudó, sin saber si debía llamar y hablar con el

fotógrafo. Lo pensó mejor. Fue primero a su oscuro y desierto despacho. Buscó su pistola automática y la metió en un bolsillo de la arrugada chaqueta, tras comprobar que tenía el cargador completo. Luego, volvió al estudio de Keefe. Golpeó los vidrios resueltamente, y esperó.

Siguió un silencio. Boggie se moría de sueño, de fatiga y de agotamiento a causa de la paliza recibida. Además, estaba nervioso e inquieto por la muerte violenta de un hombre llamado Lamberth, en Riverside Drive. Pero aún temen ánimos para ir de madrugada a visitar a sus vecinos.

—¿Qui... quién es? —musitó una voz débil y vacilante, tras el vidrio esmerilado. Una sombra familiar se recortó tras el mismo, a contraluz de una claridad amarillenta.

—Su vecino Slade —dijo Boggie secamente—. ¿Puede abrirme, Keefe?

—¡Claro, claro! —se apresuró a manifestar el fotógrafo. Chascó un cerrojo, luego una llave giró y el estudio fotográfico quedó abierto. El indeciso Keefe apareció en el umbral, le miró y tragó saliva, como medroso por algo—. ¿Le... le sucede algo, señor Slade?

—No, nada, gracias —rechazó Boggie—. Sólo quería charlar un momento con usted.

—Claro. Pase, se lo ruego —le invitó Keefe, solícito, haciéndose a un lado—. Estaba revelando unos clisés y ampliando otros... Un trabajo atrasado que nunca acababa de hacer...

—Veo que está mejor de su jaqueca, cuando trabaja a semejante ritmo... —comentó irónico Slade, estudiando muy de cerca su pálida faz, su evidente nerviosismo.

—Sí, sí. Pasó ya, afortunadamente —sonrió Keefe—. Pero supongo que no habrá venido a hablar de eso... ¿Puedo ayudarle en algo?

—Sí, creo que sí —afirmó Slade, con repentina rotundidad.

—¿En... en qué? —musitó Keefe, perplejo.

—Acabo de hablar con Kowalsky. ¿Eso le dice algo?

Boggie había sido, intencionadamente, duro y seco. Keefe palideció. Tragó saliva, humedeció sus labios nerviosamente. Luego, bajó la cabeza, como hundido bajo un peso excesivo para sus débiles hombros.

—Sí, claro... —Casi sollozó—. Me sorprendió... No era la

primera vez. Pero me sorprendió... Creo que tendré que cambiar de residencia. Es... es vergonzoso...

—Calma, Keefe. Aclare las cosas. ¿Qué hacía en el almacén de Kowalsky?

—Yo... bebía. Bebía de sus licores.

—¿Con llave maestra?

—Es fácil sacar llaves maestras de una casa vieja como ésta... Cualquiera vale —Keefe se encogió de hombros—. Supongo que va a denunciarme usted a la policía...

—¿Yo? Si Kowalsky no lo hace, difícilmente puedo hacerlo yo —sonrió gravemente Slade—. Sólo quería saber por qué... por qué hizo eso hoy. Por qué lo hace otras veces, claro.

—Dios mío... —Keefe ocultó el rostro entre sus manos—. Slade, usted no sabe...

—¿Qué es lo que no sé?

—Mi... mi dolencia. Mi pobre cabeza. Las jaquecas... Bebo mucho. A escondidas. Nadie lo sabe. Sólo estando ebrio de *whisky* o *brandy* se me alivian las jaquecas. Pero eso cuesta dinero. Las cosas no van bien. Usted sabe: la época, las dificultades... No tengo dinero para pagarme bebidas caras en un bar o en casa. Y entonces se me ocurrió esa idea. Un almacén tan amplio... ¿Quién notaría la falta de una o dos botellas cada cierto tiempo? Pero él me sorprendió dentro, cuando iba a llevarme las bebidas... ¡Oh, es horrible, Slade! Me siento avergonzado, humillado...

—No es para tanto, Keefe. Si él no le acusa de nada, no tiene que temer cosa alguna. Eso sí, deberá financiarse su propia bebida en lo sucesivo, eso es todo. No es un drogadicto ni... ni algo peor, como me temía. Su debilidad es humana, comprensible. No se hable más de ello.

—Slade, estoy trabajando duro ahora. Mañana podré cobrar algo, pagar a cuenta de lo que le quité a Kowalsky otras veces... y quizá me sobre para beber algo decentemente.

—Hágalo —sonrió Boggie, realmente cansado, camino ya de la salida del despacho de su vecino, el fotógrafo—. Es un medio de rehabilitarse, y estoy seguro de que Kowalsky lo aceptará gustoso y nadie sabrá nada por él ni por mí. Buenas noches, Keefe... y que sus jaquecas se curen lo mejor posible.

Cerró la vidriera a su espalda. Agotado por aquella noche

interminable, salpicada de emociones y de imprevistos, se metió en la oscuridad de su despacho, que por vez primera le pareció confortable, y se durmió, no sin antes recordarse a sí mismo que, antes de las nueve, hora en que la eficiente y admirable Betty Grayson estaría allí de nuevo, él tendría que levantarse, salir de la oficina y acudir a una cita en un lugar de Queens.

El cementerio. El lugar donde reposaba una hermana de Daisy Davenport.

A las once le esperaba allí Daisy, aunque no confiaba mucho en verla al fin.

«Betty:

»He dormido aquí por razones de fuerza mayor. No se esfuerce en pensar. Ya se lo contaré. Tramite los asuntos rutinarios. Nos veremos más tarde.

»Boggie».

Fue todo lo que dejó escrito a Betty Grayson cuando abandonó la oficina con las primeras luces de un día desapacible, gris y nuboso, amenazando lluvia de nuevo. Iba sin afeitarse, con el rostro aún tumefacto, más hinchado que la noche anterior, y los ojos enrojecidos y cargados de sueño.

Se detuvo en una barbería para dejar más presentable su rostro, y trató de ignorar los comentarios del barbero sobre el estado de su cara, tras pretextar un accidente automovilístico.

Adquirió varios periódicos matinales, pero ninguna edición había llegado a tiempo, al entrar en máquinas, de llevar la noticia de la muerte de Josuah Lamberth, un reyezuelo de los bajos fondos de la noche neoyorquina.

Luego, desayunó frugalmente en un bar de la calle Treinta y cuatro, y tomó el *subway* en Grand Central, en dirección a Queens.

Unos minutos antes de las once, hacia su entrada en el cementerio de Queens, rodeado de amplias zonas de césped y tranquilas áreas residenciales, como dormidas perezosamente bajo el plumizo cielo del día invernal.

Había llovido algo para entonces, y la gravilla estaba húmeda, la hierba brillante y con destellos de gotas de agua, mientras una pátina triste y espejeante, de un gris lúgubre, cubría

las tumbas y nichos del apacible cementerio.

Boggie Slade caminó hacia la Zona 132, Bloque 60, citados por Daisy en su tercera cita. Terminó por descubrir la tumba, pero no el menor rastro de Daisy Davenport, ya fuese como la pecosilla traviesa que conociera en Lebanon, o como la rubia esplendorosa de la publicidad neoyorquina.

Sencillamente, ante la pequeña y recoleta tumba de Audrey Davenport, no había absolutamente nadie cuando él llegó.

Había muerto tres años antes, a los veintisiete de edad. Trató de recordarla, y no le fue posible. Estaba seguro de que nunca conoció a Audrey. Era la mayor de las dos hermanas, y se fue a Nueva York antes que Daisy. Leyó la lápida y el sencillo epitafio grabado en ella, pensando en Daisy involuntariamente.

Sólo Dios sabía cuál fue la vida y el destino de Audrey en la gran ciudad. Ahora, una hermana suya luchaba también por llegar arriba. Virtualmente, había llegado. Pero a veces era difícil mantenerse, luchar allá en lo alto, evitar la caída...

Las muchachas hermosas que llegaban a aquella ciudad en busca de dinero y fama, a veces lo conseguían. Pero siempre pagaban un alto precio por ello. El miedo y la incertidumbre, como Daisy. La muerte, a veces. Quizá como Audrey...

—¿Qué hace aquí? —dijo la fría voz a su espalda, bruscamente—. ¿A qué ha venido?

Casi no parecía una voz. Era como un cuchillo afilado, cortando el aire de la mañana nubosa y gris. Como una hoja de acero tratando de herirle a él también. Se volvió, temiendo verse con un puño en las narices, como la noche antes en Birdland.

Pero no. Esta vez no, pese a que se encontró con dos miradas nada amistosas, clavadas en él. La mirada de un hombre joven, fornido y muy rubio. Y la mirada de una mujer. Rubia también. Suavemente rubia, casi castaña. Alta, enlutada, severa y elegante.

Los dos le contemplaban con frialdad. Casi agresivamente, aunque no intentaban atacarle de un modo físico. Quizá era algo más sutil, tras el gris pálido de sus ojos, un gris igual, idéntico en ambos, como un reflejo del día lluvioso.

—Todo el mundo tiene derecho a visitar un cementerio y detenerse ante una tumba —dijo Boggie secamente.

—Es cierto —admitió ella gravemente—. Pero Audrey... Audrey

iba a ser la esposa de mi hijo. Hoy se cumplen tres años exactos de su muerte, aunque ahí no dice la fecha. Hemos venido a verla... y usted aparece. ¿Por qué? ¿Quién es para visitar su tumba en este aniversario?

Slade trató de salir de su confusión diciendo algo evasivo. No veía otra cosa mejor. Y así lo hizo:

—No conocí nunca a Audrey Davenport. Pero era vecino de ella y de su familia en Lebanon, su ciudad natal. Eso es todo. Estoy ahora viviendo en Nueva York... y decidí visitar su tumba. Nadie puede reprocharme algo así, por muy prometido de ella que sea.

—¿Eso es cierto, señor...? —preguntó secamente el joven de pelo rubio y ojos acorados.

—Lo es. ¿Por qué, si no, estaría aquí?

—No estuvo en otros aniversarios... —señaló, con cierta frialdad, la dama.

—Eso es cierto —confesó Slade con rapidez—. No me encontraba en la ciudad entonces, y me fue imposible. Vine en otras fechas que no eran su aniversario.

Ambos se miraron. Slade, pensativo, calculó que, pese al aspecto vital y atractivo de la dama, debían ser madre e hijo. Él parecía muy hecho para su edad. Ella, muy bien conservada en su esplendorosa madurez.

—Perdone —dijo al fin la dama—. Soy Selena Craig. Él es mi hijo Damon. Iba a casarse con Audrey justamente el año en que ella tuvo aquel infortunado accidente de automóvil, por culpa de un borracho... Y usted...

—Soy Bogarde Slade, el antiguo amigo de los Davenport en Lebanon... —se presentó él humildemente—. Lamento haberles conocido en tan triste circunstancia... pero por otro lado me alegra que Audrey no esté siempre sola ahí, en su tumba. Que alguien, en esta deshumanizada ciudad, la recuerde, siquiera sea una vez al año...

—No sólo eso, señor Slade —declaró con cierta arrogancia el joven, clavando en él sus ojos—. La recordamos siempre. Yo, sobre todo. Audrey pudo haberlo sido todo en mi vida... y ya no es nada, sino un recuerdo agri dulce que no sé cuánto durará, porque mamá dice que se debe seguir adelante, que no se puede vivir de recuerdos solamente...

—Eso es verdad —asintió Boggie, que no cesaba de mirar a su alrededor constantemente, en busca de alguna huella de la presencia de Daisy, sin que nadie de los escasos transeúntes que veía en el camposanto, pudiera responder ni de lejos a su descripción.

—Su madre tiene toda la razón, señor Craig. Hay que sobreponerse a todo. Y vivir... Los muertos se quedan siempre aquí. Sin que deban influir ya en nuestras vidas, salvo para un recuerdo cada vez más débil y distante... Es ley de vida, compéndalo.

—Me cuesta comprenderlo. Pero, al final, sé que tendré que entender —suspiró Damon Craig amargamente. De pronto, se volvió a su madre y habló con brusquedad—: Vamos ya. No quiero seguir aquí, madre.

—Sí, hijo, como quieras... —La señora Craig miró fijamente a Slade. Le tendió su mano, con arrogancia aristocrática, y terminó por dar media vuelta, encaminándose hacia la salida, en pos de su hijo, después de recibir la cortés despedida de Slade. Su voz se perdió en la distancia, en la bruma matinal y triste—: ¡Adiós, señor Slade...! Ha sido un verdadero placer. Tal vez algún día nos veamos de nuevo...

Se perdieron camino de la salida. Boggie permaneció al pie de la tumba, pensativo. Su mente era un mar de confusiones. No entendía nada de nada. Por fin, miró de nuevo a la tumba y sacudió la cabeza con desaliento.

—Lo imaginaba —dijo para sí—. Tampoco viene esta vez...

Y de repente, como una aparición en la bruma, la figura de mujer se dibujó entre la tumba y los setos cercanos. Era igual que si emergiera de la neblina húmeda de la mañana. Como una aparición de ultratumba, en medio del tranquilo cementerio.

—¡Daisy! —exclamó Boggie, atónito.

Ella sonrió en la neblina, acercándose a él como si flotase, etérea, sobre las fosas del camposanto de Queens.

—Sí —dijo con una sombra de sonrisa en su pálido rostro fantasmal, bajo la melena rubio platino—. Soy yo, Daisy... Me has conocido, Boggie querido...

CAPÍTULO VI

—Daisy...

—Boggie... Es como volver atrás en el tiempo. Como si nada hubiera sucedido.

—Pero ha sucedido, Daisy.

—Como si estos años no hubiesen existido jamás...

—Pero existieron. Han pasado, Daisy...

—Boggie, ¿te has vuelto diferente? ¿Ha logrado hacer mella en ti el tiempo?

—El tiempo hace mella en todos. En mí, en ti, en Audrey... en los Craig...

—Les oí hablar desde donde esperaba, escondida —susurró ella, mientras el taxi les conducía a través de Queens, en dirección a Atlantic Avenue—. Los Craig... ¡Oh, Boggie!, no quiero hablar de nadie que no seamos... tú y yo. Sólo nosotros...

—¿Y Lamberth?

—Boggie, ya lo estropeaste todo —se quejó ella. Bajo su melena rubia, platinada, en la que los tintes habían actuado eficazmente, para dar la imagen de la mítica Linda Love de la publicidad, su rostro sin maquillaje era aún suave, juvenil, atractivo. Sus ojos seguían siendo muy claros y limpios. Y no había rastro apenas de sus pecas juveniles. Le miró largamente—. ¿Por qué nombrar a Lamberth ahora?

—Porque está muerto. En el apartamento de tu amiga. Donde tú me esperabas, ¿te parece poco? Logré eludir a la policía por poco.

—Entiendo. ¿Él te causó ese daño en el rostro?

—No, él no hubiera servido ni para hacerme un solo rasguño. Era un bocazas. Pero tenía tipos a sueldo. «Gorilas» que me zurraron a modo cuando salí del Birdland. No viene aún en los diarios, pero es cierto lo que te dije.

—Lo sé —musitó ella, bajando los ojos—. Oí un boletín por la

radio, cuando iba al cementerio. Mencionaron el hallazgo del cadáver en ese apartamento...

—¿Qué sabes de eso, Daisy?

—Nada, te lo juro —asomaron lágrimas a sus ojos—. Pensé esperarte allí. Luego, telefoneó Lamberth. Me amenazó. Sabía que te andaba buscando. Me asusté y me fui. No sé cómo entraría allí, cómo sucedió todo... ¿Me crees capaz de matar a un hombre?

—No sé, Daisy. Soy detective privado. He visto muchas cosas en mi vida, pero no soy un experto en Homicidios, la verdad. De todos modos, se ensañaron con él. No creo que pudieras ser tú, querida... Pero hay alguien detrás de todo esto... ¿De quién tienes miedo tú, exactamente?

—De... de Lamberth, desde luego. Creí que era un hombre honrado y tuve negocios con él. Luego descubrí lo que era. Ahora quería dominarme, meterme en sus feos asuntos... Me amenazó. Estoy asustada, Boggie...

—Lamberth está muerto. Ya no hay motivo para asustarse.

—Aún queda alguien, peor aún que Lamberth.

—¿Quién?

—Cornell Craig.

—¿Quién has dicho?

—Cornell Craig, oíste bien.

—¿Acaso familia de...?

—Marido de Selena Craig. Padre de Damon, el que fue novio de Audrey cuando ella... ella sufrió aquel horrible accidente de carretera.

—¿Y qué pinta Cornell Craig en todo esto?

—Es un hombre rico, poderoso, autoritario... Pero es algo más que eso. Además de pertenecer a la mejor sociedad de Nueva York, además de ser un hombre con gran futuro político... es uno de los hombres que se escudaban tras de Lamberth y gente así.

—Cielos... ¿Un corrompido?

—Eso es. Corrompido hasta los huesos. Pero nadie puede probarlo. Dirige negocios como la prostitución, la pornografía en su más alto grado, las drogas y la seducción y corrupción de menores... Pero está al margen de toda sospecha. Él nunca se mancha, el barro no le salpica.

—¿Lo saben su esposa e hijo?

—Lo ignoro, Boggie. Audrey sí lo descubrió. Y entonces, de repente, sufrió ese... ese extraño accidente. Nunca estuve segura de que fuese realmente eso. Por entonces, yo no era sino una pueblerina recién llegada a esta maldita ciudad. He cambiado mucho desde entonces, y puede que ahora esté metida en un mundo demasiado sucio para lo que yo soñaba entonces. Sólo que... no han podido terminar conmigo. Y quisiera saber lo que pasó con Audrey. Investigué algo disimuladamente... y de repente empecé a verme vigilada, acosada por ese Lamberth... Tal vez lo enviaba el todopoderoso Craig detrás de mí, no sé... Pero así están ahora las cosas. Creo que el joven Damon no recela nada. Amaba realmente a Audrey. Si imaginara que su padre intervino en su muerte... En cuanto a la señora Craig, no sé apenas nada de ella. No quise relacionarme con la familia, cuando descubrí la clase de individuo que era el viejo Cornell.

—Todo eso abre un sinfín de posibilidades, Daisy. Pero si Lamberth servía a Craig, ¿por qué le mataron?

—No lo sé, Boggie. Ni quiero saberlo. Me conformo con salir bien de todo esto, con verme libre de persecuciones, de peligros que me acechan y que yo intuyo muy próximos. De ahí mi miedo, mis recelos en salir a la luz... Esto no es vida, Boggie. Es un auténtico infierno...

—Y eso es lo que tú creías encontrar en Nueva York cuando conquistases la gran ciudad... —comentó sarcásticamente Boggie Slade, mirándola compasivo—. Dejemos ahora todo eso, Daisy. Nos hemos vuelto a encontrar, aunque ambos seamos diferentes ahora. ¿Adónde te llevo? Me gustaría hablar contigo a solas, en la intimidad... como aquella tarde en Lebanon, tras salir del cine, de ver Casablanca, tras nuestro primer beso...

—Cualquier sitio céntrico será bueno, Boggie —susurró ella—. Charlaremos un momento. No quiero que nadie me vea, no deseo correr riesgos. Mi rostro es tan conocido...

—¿Piensas seguir viviendo oculta?

—Sí. Oculta —asintió ella gravemente—. Hasta que todo se aclare por fin... y sepa que mi vida no peligra. Negarse aquí a ciertos negocios, rechazar un sucio contrato para pervertirse con gente de la más alta condición social de la ciudad... es como firmar la propia sentencia de muerte, créeme.

—Sí, Daisy —dijo—. Te creo...

Era un lugar recogido, íntimo. Un reservado en un club lujoso de Broadway, no demasiado concurrido.

Boggie apartó sus labios de los de Daisy. Era el segundo beso. Una distancia de años le separaba del primero, en un pequeño cine de Lebanon, un sábado por la tarde.

Y era tan distinto...

El beso había sido más largo. Más apasionado.

Ella tembló al establecerse el contacto. Ahora, los dedos de Slade se perdían bajo la blusa de ella.

Daisy estalló, incontenible, cuando la mano de Boggie acarició su rodilla. Se arrojó en sus brazos, sollozando y riendo.

—¡Oh, Boggie, Boggie querido! —musitó—. Aquella tarde de sábado... si tú hubieras querido...

Sus bocas volvieron a unirse. Ahora ya no eran dos viejos camaradas, sino dos enamorados que nunca llegaron a confesarse su amor ni sus deseos. Y allí, en Nueva York, no había muros de prejuicios, como en la pequeña ciudad provinciana...

Boggie se fundió con ella en un abrazo frenético. Sus caricias llegaron al paroxismo. El hombre y la mujer se encontraron. Un poco tarde, tal vez, pero no demasiado...

—Boggie... Mi vida...

—Daisy... ¿Por qué no entonces...? Nunca hubiese salido de Lebanon...

—Ni yo tampoco —rió ella—. Era una pecosilla sin experiencia. No hubiera sido igual. No sé. El destino era éste, Boggie, y hemos de aceptarlo así.

—Sí, supongo que sí —aceptó él gravemente, mirándola directamente a los ojos—. Daisy, soñé con imposibles entonces. Ahora, todo ha sido posible. Pero ¿qué va a suceder después?

—¿Debe suceder algo? Esto pasará. Nos encontraremos de nuevo, libres de problemas. Y si sigues queriéndome, Boggie, como yo a ti...

—Te quise siempre, Daisy. Pero pienso en tu situación. Ocultarte, no resuelve nada. Ellos siguen existiendo. Son una amenaza para ti, por haberte rebelado contra ellos.

—Estoy reuniendo pruebas, Boggie.

—¿Pruebas? —Slade demostró un nuevo interés—. ¿Qué clase de pruebas?

—Evidencias contra Craig y los demás. Si logro completarlas, les hundiré. Irán a la cárcel por muchos años, y podré vivir tranquila. Es lo que busco, Boggie.

—Puedo ayudarte. Soy detective, querida...

—Lo sé. No puedo confiar en nadie, salvo en ti. Tengo ya algunas pruebas, pero no son demasiadas. Quizá con ellas tú podrías...

—Sí —afirmó Slade—. Puedo hacerlo. Lo intentaré con todas mis fuerzas.

—Muy bien. Te las mostraré a ti.

—¿Cuándo?

—Lo antes posible. ¿Cuándo quieres tú?

—¿Ahora mismo?

—No, no, ahora sería imposible. Requiere algo más de tiempo, de seguridad...

—Daisy, ¿crees que también pudieron asesinar a tu hermana Audrey?

—Podría jurarlo, sí. Cosa del viejo Craig, de Lamberth y sus esbirros... Ella era muy lista. Debió sospechar algo, mientras era novia del joven Damon. Y la quitaron de en medio.

—Está bien. Dime cuándo.

—¿Esta noche?

—Perfecto. Esta noche, sí. ¿Dónde?

—No sé... Un sitio seguro, que nadie sospeche...

—Es difícil decidirlo así... ¿Alguna idea?

—No sé... ¿Tal vez... tu oficina? —sugirió ella vivamente.

—No es mala idea. A altas horas de la noche, nadie puede imaginarse que vas allí a entregarme unas pruebas importantes contra alguien... ¿Hora?

—Las doce en punto —dijo ella.

—La hora de las brujas —rió Boggie, de buen humor, acariciando su mejilla.

—Eso es. La hora de las brujas. Esperemos que nos den buena suerte, Boggie —se inclinó hacia él, le besó—. No faltes. Sé puntual.

—¿Lo serás tú? —dudó Slade.

—Esta vez, sí. Palabra —rió suavemente la joven, poniéndose en

pie—. Ahora, vamos de aquí. Hay mucho que hacer para reunirlo todo para esta noche...

Slade asintió. Salieron del club. Poco después, se separaban en pleno tráfico. Daisy se perdía en un taxi. Él, en otro, regresaba a su oficina.

Pero antes se detuvo en un restaurante cercano, donde acostumbraba almorzar cuando tenía tiempo y dinero. Antes, telefoneó a su secretaria.

—No, no hay nada nuevo, señor —dijo ella, con voz de disgusto—. Pero empiezo a preguntarme si tengo, realmente, un jefe o no. Es mediodía, y aún no le he visto por aquí...

—Llegaré tras el almuerzo —prometió Boggie, jovial—. Si entretanto llega algún cliente o algo importante, ocúpese de ello, Betty.

—Sí, señor Slade —suspiró ella, antes de colgar—. Confíe en mí.

Slade almorzó con rapidez, y luego se encaminó a la salida del pequeño restaurante de la calle Veintitrés Este, a pocas manzanas de su casa.

Justo entonces, el coche se detuvo junto a él con un chirrido de frenos. Alzó la cabeza y, vagamente, intuyó el peligro, pese a ser pleno día, bajo la llovizna de Manhattan. Pero no llegó a tiempo de empuñar su pistola.

—Entre —dijo una fría voz. Y notó un contacto metálico y duro en sus riñones—. No me obligue a disparar. El arma lleva silenciador, y nadie se enterará de lo que sucede, pero usted estará muerto, señor Slade...

Era todo un razonamiento digno de la mayor atención. Boggie así lo consideró, y se apresuró a entrar en el vehículo, siguiéndole su armado captor. La puerta se cerró, y el coche arrancó a buena velocidad, calle abajo, sobre el asfalto mojado.

Al otro lado había un caballero alto, vigoroso y bien vestido, de traje gris impecable, cabellos canosos y rizados, y expresión enérgica en su rostro de cuadrada mandíbula y piel bien rasurada.

Le miró sardónicamente y murmuró, sin que el otro le quitara el arma de su costado:

—Bien venido a mi coche, señor Slade. No tema. Si se porta bien, esto será solamente una amigable charla entre personas civilizadas. De usted depende, claro está, que no se convierta en

algo peor...

—¿Quién es usted? —masculló Slade, malhumorado, mientras su captor le despojaba de su pistola suavemente.

—Mi nombre es Craig —dijo apaciblemente el caballero—. Cornell Craig. Y quiero hablar con usted sobre una deliciosa y bella muchachita llamada Linda Love... ¿O prefiere que la llamemos Daisy Davenport?

—Me tiene sin cuidado. Decida usted.

—No, no —suspiró Cornell Craig—. Es usted quien debe decidir en todo, señor Slade. Piense que es su vida la que depende de todo esto...

CAPÍTULO VII

El automóvil seguía rodando apaciblemente, pero por zonas poco o nada frecuentadas, al sur del Bronx. La lluvia corría perezosa y lánguidamente por los cristales de las ventanillas.

—El paseo se prolonga mucho, señor Craig —dijo Slade bruscamente—. ¿Cuándo piensan ponerme el lastre de cemento y tirarme al fondo del río?

—Por Dios, señor Slade, sus ideas son muy viejas —se quejó Craig—. Ésos eran métodos de los *gangsters* de Chicago, allá en los años veinte...

—¿Y qué métodos emplean ahora?

—Yo, personalmente, no hundo a nadie en el río con tan pesado lastre —rió suavemente el millonario—. Le dije que teníamos que discutir una cuestión, sólo eso...

—Ya. ¿Cuál es la cuestión?

—Daisy Davenport, alias Linda Love en el mundo publicitario.

—Eso ya lo dijo antes, señor Craig.

—Exacto. Ya lo dije antes. Quiero que lo entienda bien.

—No sé lo que debo entender. Esa chica fue compañera mía de colegio en una ciudad provinciana, y nada más.

—Miente. Ahora está en contacto con ella. La ayuda.

—¿Ayudarla? ¿En qué?

—En hundirme a mí.

—Señor Craig, creí que usted era un prohombre público, un famoso financiero y un hombre con futuro político importante. ¿Qué pintaría una Linda Love en algo así?

—Tal vez mucho —resopló Craig—. Muchos grandes hombres tenemos que hacer, a veces, sucios negocios, Slade. No es culpa nuestra, sino de una serie de encadenamientos superiores a nosotros...

—Lo entiendo muy bien, señor —aceptó Slade secamente—.

Pero eso no parece tener la menor relación conmigo...

—La tiene. Daisy es muy astuta. Creo que ha reunido evidencias contra mí, que podrían perjudicarme. Y todo porque sospecha que yo causé algún mal a su hermana Audrey.

—¿La prometida de su hijo? ¿No lo hizo, realmente?

—¡Cielos, claro que no! Fue un desdichado accidente y nada más, Slade. Quiero que eso quede bien claro. Esa chica se ha metido en un buen lío. Los boletines han dicho que Lamberth ha muerto asesinado, y usted no parece andar limpio de sospechas, tras lo que me han referido que sucedió anoche en el Birdland. Pero juraría que ella tiene más que ver en el asunto, ya que el lugar del crimen es la vivienda de una amiga suya ausente ahora... Ahora, tal vez ella trate de complicarme a mí en todo eso, arruinando mi vida. Estoy dispuesto a luchar como sea. Limpiamente, o con suciedad si es preciso, pero no me dejaré hundir por esa muchacha que Dios confunda. Usted va a ayudarme a darle caza, Slade, o lo lamentará muy seriamente.

—¿Y si me niego? —sonrió duramente Boggie.

—Seré capaz de matarle —dijo con frialdad el millonario—. No lo dude. Y esta amenaza, nunca podrá probarla ante nadie. Mis hombres jamás declararán contra mí.

—Muy bien —jadeó Slade—. De modo que... o coopero con usted, contra Daisy... o puedo morir en cualquier momento, ¿no es eso?

—Exacto. ¿Qué elige?

—¡Esto, señor Craig! —dijo bruscamente el detective.

Y antes de que nadie pudiera evitarlo, se precipitó sobre el acelerador y lo presionó con su pie, al tiempo que descargaba un codazo brutal a su captor armado, que le hizo doblarse con un alarido de dolor. Logró alcanzar en ese momento de confusión el pomo de la portezuela, y lo giró con violencia.

Saltó del coche, empujando a la vez violentamente a su captor, que rodó con él por el asfalto, mientras el coche, con la portezuela abierta, dando golpes, y la marcha bruscamente alterada, tenía serias dificultades para mantenerse firme sobre el mojado suelo urbano.

Sin dar tiempo a su enemigo a recuperarse del fuerte impacto en el asfalto, se incorporó Boggie, saltó sobre él, y le pegó secamente

en la nuca, dejándole inconsciente y despojándole de la pistola que acababa de robarle durante el rapto.

Después, Slade se lanzó a la carrera, cruzando la calzada, y alcanzando milagrosamente un taxi libre.

—¡Pronto, al East Side! ¡Esa gente me había secuestrado, y pueden venir a por mí en cualquier momento! ¡Le daré veinte dólares de propina si corre como un demonio y logra burlarles!

Slade no supo si era mérito del taxista o si Craig, burlado y furioso, no quiso arriesgarse a perseguirle por la ciudad. Lo único cierto es que llegó al pasaje sin salida donde tenía su oficina, sin la menor novedad, y tuvo que dar al chófer del taxi la propina prometida.

Luego, subió rápidamente a su oficina, todavía resoplando a causa de los últimos acontecimientos vividos en aquel día, tan agitado como el anterior.

Por si ello fuera poco, apenas asomó la nariz en su oficina, se tropezó con la humanidad enfurecida del teniente Preston que, apenas le vio, no dudó en reprocharle a voces:

—¡Al fin asoma, maldito sea cien veces, Boggie Slade! ¡No hay modo humano de dar con usted en toda esta ciudad, ni creo que haya hecho absolutamente nada para dar con nuestro endiablado Asesino del Vitriolo! ¿No es cierto?

Desde su mesa de trabajo, Betty Grayson se limitó a dirigirle una mirada expresiva, de completa resignación.

—De modo que tenía razón... No sabe nada de nada, aún...

—Lo siento, teniente —confesó Boggie, al fin sentado tras su mesa de trabajo, con relativa calma en su voz—. He tenido mucho trabajo con mis clientes... De todos modos, investigué en la vecindad, pero no hay la menor evidencia de que, realmente, el asesino del ácido pueda alojarse en este edificio...

—Yo insisto en que es así —resopló el policía, de mal humor—. Lo cierto es que ese asesinato en Riverside Drive ha distraído un poco a la prensa, pero volverán a la carga si no hacemos algo en el caso de ese maníaco que desfigura rostros femeninos, Slade.

—Lo estoy intentando todo. Mis vecinos parecen gente demasiado apacible y normal, para convertirse, de noche, en unos sádicos criminales...

—No, Slade, no dude de eso. Los más normales, en apariencia,

resultan ser luego los más feroces criminales. Está clínicamente demostrado... —Agitó una mano, mesándose sus cabellos—. ¡Cielos, Slade! Por si todo eso fuera poco, ese Lamberth acuchillado en un cuarto de baño de una vivienda ajena...

—Sí, he oído algo en la radio —admitió ingenuamente Slade.

—¡No sea hipócrita, amigo! —le cortó Preston, furioso—. Si no se tratara de usted, ya le habría arrestado como sospechoso de asesinato.

—¿Qué? —saltó Boggie, con repentina sorpresa y alarma.

—Ya me entiende muy bien. Usted se peleó anoche con Lamberth en un club nocturno. Parece que tiene usted relación con una chica, una modelo que ese Lamberth perseguía implacablemente... ¿Cree que me chupo el dedo, Slade?

—¡Cielos, teniente! —Boggie disimuló lo mejor que pudo. Luego, extendió sus manos con cierta lealtad—. Está bien, lo admito. Estoy metido en eso, pero no hice nada a Lamberth...

—Ya lo imagino. Si no, estaría metido en un callejón sin salida mucho peor que éste en que tiene su condenada oficina. Pero eso sí: va a decirme todo lo que sabe... o a pesar de todo, le haré arrestar por sospechas razonables. ¿Qué me dice?

—Está bien, vampiro —gruñó Slade—. Le diré todo, de principio a fin...

Y lo hizo. Le contó todo. O casi todo.

Sólo retuvo para sí la última parte de su informe: la cita con Daisy, aquella misma noche en esta oficina. Eso, aún, era estrictamente confidencial y privado. Incluso ante la División de Homicidios de la ciudad de Nueva York.

—Muy bien —le miró, ceñudo—. ¿Seguro que es todo lo que sabe, Slade?

—Seguro. Y no me sirve de mucho. La verdad es que no logro unir las piezas del rompecabezas...

—Yo tampoco —confesó el policía, pensativo—. Se dice que Lamberth estaba unido como socio o colaborador directo de alguien muy importante social, económica y políticamente en Nueva York, que utilizaba al elegante hampón como hombre de paja de sus turbios negocios.

—Sí, he oído algo de eso —asintió Slade, distraído—. Podría ser Cornell Craig, ¿no es cierto?

—¡Infiernos, Boggie, usted sabe mucho más de lo que dice! ¿El tipo que le raptó hoy, de cuyo coche dice haber escapado... era el propio Cornell Craig, acaso?

—Sí, teniente. Lo era. Pero no lo arreste. No hay evidencias. Sería mi palabra contra la suya... y la de sus compinches. No hay nada a hacer por ese lado.

—Le diré algo, Slade. A usted pueden haberle contado cosas que la gente sabe, pero nosotros tenemos también nuestros propios confidentes. Y según éstos, no todo era de color de rosa en las relaciones comerciales Craig-Lamberth.

—¿Qué quiere decir?

—Muy sencillo; parece que últimamente, Josuah Lamberth había decidido montar negocios por su cuenta, a base de modelos dedicadas a la prostitución, especializándose en mujeres, como clientela de otras mujeres.

—¿Lesbianas?

—Llámelo como quiera —gruñó el teniente Preston—. Para mí, tienen otro nombre. Pero sí, se trata de lo mismo: mujeres que se lían con otras mujeres. Parece que el negocio da más, incluso, que el de la prostitución normal, entre ambos sexos. Así anda el mundo, Slade. Pues bien, Craig no veía con buenos ojos esas ocupaciones de su compinche, y quería controlar también el negocio de las pájaras esas.

—¿Está sugiriendo que pudo haber una reyerta entre ambos... y Craig mató o mandó matar a su socio y hombre de paja?

—Pudiera ser, sí.

—Entonces, ¿por qué me raptó a mí?

—Está claro. Es esa amiguita suya, Linda Love, o Daisy Davenport la que le interesa. Es muy hermosa, muy popular... y quizá sea baza fuerte en el negocio habitual, e incluso entre las homosexuales de turno. En suma quiere echarle el guante a la chica, no hay duda de ello.

—Muy bien, teniente. Por lo tanto casi tiene resuelto el caso. Encuentre alguna prueba contra Craig y habrá llegado al final.

—Aún me falta estar seguro de que, realmente, el asesinato de Lamberth fue cosa de Cornell Craig. Y que existen pruebas capaces de enviar a un hombre así, a presidio, o a la silla eléctrica...

—Teniente, Daisy Davenport tuvo una hermana mayor, Audrey.

Murió hace tres años, en un accidente de automóvil que hay quien cree que fue provocado. ¿Podría averiguar algo sobre eso?

—¡Claro! —Preston lo anotó en su agenda, y le miró receloso—. ¿Por qué le interesa tanto? ¿Cree que la chica muerta puede tener alguna relación con todo lo demás?

—Nunca se sabe —suspiró Boggie, encogiéndose de hombros—. Recuerda que ella fue prometida del joven Craig. Y que parecía saber muchas cosas del padre de éste. Demasiadas, para la seguridad del viejo cacique...

—Le informaré de lo que haya —dijo Preston, poniéndose pesadamente en pie. De repente enarboló un rígido y macizo dedo índice ante los ojos de Slade, añadiendo rotundo—: Y usted, aligere el asunto de ese vecino suyo que, sin duda, se dedica a matar chicas y arrojar vitriolo sobre sus rostros. Estoy convencido de que es alguien que tiene la llave de esta casa, sea quien fuere. Si no progresa en esa investigación, me veré obligado a olvidar que cooperamos juntos, y le haré arrestar, como sospechoso en el asunto Lamberth, de modo que elija usted mismo... ¡y pronto!

Y salió de la oficina dando un seco portazo.

Boggie Slade exhaló un suspiro, meneando la cabeza, cuando Betty Grayson asomó su bonito rostro por la puerta.

—¿Malas noticias, jefe? —preguntó—. El teniente no llevaba muy buena cara...

—No son demasiado buenas. Todo se complica por un lado y por otro. Nuestro maníaco del vitriolo no da señales de vida. Y por otro lado, empieza a correr la sangre, y tampoco sabemos a quién señalar como culpable. Es un callejón sin salida, Betty. Y siento que estoy metido en él, sin poder evadirme.

—Usted ya está acostumbrado a eso —sonrió ella—. Este pasaje no tiene salida, y lleva varios años metido en él, ¿no es cierto?

—Muy graciosa —refunfuñó Slade—. Recuérdame que la llame para contarme chistes cuando esté de mal humor.

Sonó el teléfono sobre su mesa. Boggie lo miró, ceñudo. Betty se retiró, y él descolgó el auricular.

—Boggie Slade, investigaciones privadas —dijo rutinariamente—. ¿Quién es?

—Selena Craig —sonó una grave, educada voz de mujer—. ¿Me recuerda?

—Claro. ¿A qué debo este placer, señora?

—No es un placer. Ha ocurrido algo terrible.

—¿Qué es ello? —Slade se sintió repentinamente excitado.

—Mi marido, Cornell Craig. Ha sido asesinado. ¿Puede venir a nuestra mansión, enseguida?

—Claro —asintió Boggie, estupefacto—. ¿Llamó ya a la policía?

—Lo haré después de que usted venga. Es importante que le vea antes.

—Lo siento, señora. No puede demorar eso. Avise a la policía. Trataré de llegar antes que ellos. Pero me temo que eso sea difícil...

Ella le dio la dirección. Boggie salió disparado de su oficina, sin decir siquiera adiós a su secretaria, que le vio pasar como una exhalación.

Boggie Slade estuvo en lo cierto. Cuando llegaba a la casa, sonaban a poca distancia las sirenas policiales. La señora Craig esperaba tras la puerta, y abrió inmediatamente de llamar él.

—Ya están aquí —dijo Boggie conciso, refiriéndose a la policía—. Se lo dije, señora. ¿Por qué me llamó antes a mí?

—Usted es detective privado. Busqué su teléfono para localizarle lo ante posible.

—¿Por qué? No me conoce de nada.

—No sé el motivo, pero confío en usted. Me inspiró confianza esta mañana. Tal vez esté en un error. Además, mi esposo tenía su nombre escrito en su agenda. Acabo de verlo...

—También lo verá la policía, supongo —dijo Boggie, torciendo el gesto.

—Parece inevitable. Tiene la agenda en su mano, y la sangre de su herida se ha derramado sobre las páginas de ella. No se le puede quitar, antes de que llegue la policía. Además, mi hijo no lo consentiría. Está, ahora, cuidando del cadáver y del despacho, para que nadie del servicio toque nada...

—Entiendo —Slade hundió las manos en los bolsillos de su impermeable, echando a andar a una indicación de Selenia Craig, en pos de ella—. ¿Qué sucedió exactamente, señora?

—No podemos ni imaginarlo. Cornell acababa de llegar de la calle. Parecía furioso por algo. Entró dando un portazo y se encerró en su despacho.

Boggie no dijo nada, pero imaginaba los motivos de la ira de

Cornell Craig. Eso sucedía inmediatamente después de que él se evadiera espectacularmente de su coche.

—¿Y después...?

—De pronto, un grito terrible sacudió la casa entera —murmuró ella, roncamente—. Corrí al despacho de Cornell, donde estaba segura de que había sonado. Y así era. El cuerpo yacía ya sobre la mesa, abatido de bruces... Alguien le había clavado una navaja automática en la espalda, bajo la misma nuca. La muerte fue instantánea, apenas exhaló su grito de agonía, evidentemente. Tardé segundos en llegar, y ya estaba muerto.

—¿Cómo pudo entrar el asesino en ese despacho? —indagó Slade.

—Es obvio. Por la ventana posterior. Da a unas azoteas vecinas. Habitualmente, está cerrada por completo, y tiene una red metálica protectora tras los vidrios color caramelo. Alguien desgarró ese metal con unos alicates, puesto que aparece rota, lo suficiente como para poder pasar a través de esa ventana sin dificultad, sobre todo no siendo demasiado corpulento...

—Es usted muy observadora —comentó Slade, mientras ya las sirenas se oían, estridentes, entrando en la calle donde se hallaba la mansión de los Craig, en la zona residencial más suntuosa de Madison Square Park, junto a la Cuarta Avenida. Ambos cambiaron una mirada de inquietud.

Luego, se detuvieron ambos ante una puerta de roble herméticamente cerrada, ante la cual montaba guardia un Damon Craig hosco, ceñudo y con fría mirada agresiva, que se fijó en Slade sin demasiada simpatía.

—¿Qué hace él aquí, madre? —preguntó secamente—. No me gusta que haya venido.

—Tu padre le tenía anotado en su agenda. Y yo confío en él —cortó la dama, con tono activamente frío—. Además, estaba en su despacho. Eso le descarta como culpable. No pudo estar aquí para matar a Cornell y tener tiempo para regresar a su oficina. Eso le libra de toda posible sospecha, Damon.

—No se le escapa detalle, ¿eh, señora? —comentó Slade, entre dientes. Luego, miró hacia el interior del despacho, cuando ella abrió, apartando con suave firmeza a su hijo, y manifestó—: Prefiero no pisar ahí. Lo veré a distancia, señora...

Sonó abajo el timbre con energía e insistencia. La policía. Slade clavó sus ojos en la mesa del despacho estilo renacimiento italiano donde yacía sin vida Cornell Craig, abatido sobre sus papeles, en un baño de sangre. Asomaba la empuñadura de la navaja en su espalda, bajo la nuca, hincada el arma hasta el fondo.

Atrás, la ventana abierta mostraba, ciertamente, la red metálica reventada de arriba abajo, dejando una ancha abertura, tras los postigos abiertos. Las terrazas, jardines y vallas próximos, eran un camino relativamente fácil para que alguien llegara y se marchase de allí en escasos momentos.

Ya abrían abajo la puerta. Boggie hizo un gesto escueto, tras registrar en su memoria los detalles de la trágica escena. Era todo lo que podía hacer, desgraciadamente.

—Cierre, señor Craig —pidió a Duncan—. A la policía no le gustaría que otros viéramos el escenario del crimen antes que ellos. Y me temo que ya están dentro de la casa.

Damon cerró. La señora Craig miró a Boggie. Puso una mano en su brazo. Susurró:

—Ocúpese del caso, se lo ruego. Le pagaré bien. Tengo abajo un talón bancario dispuesto a su nombre. Por valor de dos mil dólares, como previo. Cuando usted pruebe ante la ley quién mató a mi marido, recibirá tres mil más. ¿Está conforme?

—Tengo ya un cliente relacionado con este caso. Sólo puedo prometerle que, siempre que no perjudique con este trabajo mis obligaciones respecto a ese otro cliente... trabajaré para usted, señora.

—Gracias, Slade —su mano descendió hasta la de Boggie y le apretó con fuerza, cálidamente. Justo en el momento en que el teniente Preston aparecía en la escalera, seguido por dos hombres de su Departamento.

Se paró en seco el oficial de Homicidios, y miró con fijeza y aire de evidente disgusto a Boggie. Su perplejidad no era mayor que su irritación.

—¡Usted! —exclamó, furioso—. ¿Puede decirme qué hace aquí ahora?

Boggie sonrió, asintiendo, tras una mirada significativa a Selena Craig.

—Es fácil, teniente... Soy amigo de la familia. Simple casualidad

que pasara por aquí...

CAPÍTULO VIII

El teléfono sonó. Boggie Slade lo tomó, anticipándose a Betty Grayson, que iba a descolgarlo. Preguntó vivamente:

—¿Sí? Aquí Boggie Slade, investigaciones privadas.

—Boggie, soy yo.

—¡Daisy! —Slade se inclinó vivamente sobre el teléfono—. Tengo que informarte de algo muy grave que ha sucedido hoy mismo...

—Acabo de oír la radio, Boggie. El boletín de noticias de última hora se inició con esa información precisamente —se captó un profundo suspiro de la joven—. Cornell Craig era un hombre importante. Demasiado, para que pasen por alto algo así... Es horrible, Boggie. ¿Qué está sucediendo?

—No lo sé. Pensé que tú podrías orientarme en algo, Daisy. Estás en medio de toda esa gente...

—Hablaremos esta noche, recuerda. Quizá entre los dos saquemos algo en claro... Si alguien está matando a todos los cabecillas de la prostitución y de los negocios sucios, es por alguna razón... No sé quién puede ser, Boggie, pero tengo más miedo que nunca. Tal vez se trate de una venganza, de una manía obsesiva...

—¿No sospechas de nadie, en concreto?

—No, de nadie. No sé qué pensar... ¡Oh, Boggie!, te necesito más que nunca...

—Lo sé, lo sé... No faltes esta noche. Trataremos de hacer algo... juntos, Daisy.

—Sí, Boggie... ¿Cómo... cómo podré entrar en el edificio?

—Yo estaré arriba, en la oficina. Te dejaré una llave fuera, por si el conserje duerme ya a esa hora. El viejo Farrow termina tan cansado, que suele retirarse pronto... Encontrarás esa llave en un rincón de la entrada, justo en la rendija de un ladrillo medio desprendido... No te costará encontrarlo, seguro.

—No faltaré —la voz de Daisy era un murmullo nervioso—. No puedo faltar, Boggie... Estoy... estoy aterrorizada. Tengo mucho miedo...

Colgó. Lentamente, también lo hizo Boggie. Su mirada se cruzó con la de Betty, su secretaria. Hizo un gesto elocuente.

—Sí, querida —dijo, con agrio humor—. Tenemos mucha suerte en cuestión de dinero desde que una chica llamada Betty Grayson cruzó esa puerta... Pero también muchos problemas... Supongo que es imposible tener sólo el dinero, claro está. Una cosa, tras la otra. Sólo que, en ambos casos, hemos superado todas las previsiones...

—Sí, lo creo —Betty le miró con vivacidad—. ¿Puedo ayudarle en algo, jefe?

—No, Betty, gracias. Márchese. Ya ha trabajado demasiado por hoy. Siempre trabaja demasiado. Gracias por todo. Y hasta mañana.

—Hasta mañana —Betty abandonó la oficina cerrando suavemente tras de sí.

Boggie se quedó pensativo, la mirada perdida en el vacío. Recordaba recientes días. Con pocos dólares en el bolsillo, con clientes vulgares, con casos de divorcios, de adulterios, de mujeres desaparecidas de su hogar, y cosas así... Y lleno de deudas.

Ahora, repentinamente, todo había cambiado para él. No sabía si para mejor o peor. Tenía dinero abundante. Y clientes en exceso. Pero también tenía asesinatos, sangre, gente escondida y aterrorizada, policías que recelaban de él...

—Y ni siquiera sé quién es el asesino de Craig y de Lamberth... ni tampoco quién es el Asesino del Vitriolo... —se quejó amargamente Boggie, hablando consigo mismo—. Dos casos encomendados a mí, y dos fracasos por el momento. Tengo que hacer algo, sí. Resolver ambos misterios o, cuando menos, uno de ellos. Pero... ¿cómo?

Siguió mirando al muro desconchado de su oficina, en el viejo edificio del pasaje sin salida. Había ideas en su mente. Recelos, dudas, incluso sospechas, pero... ninguna evidencia de nada.

En ese momento, alguien se recortó contra el cristal escarchado de la puerta. Era una sombra bien definida. Se inmovilizó. Un hombre. Boggie se irguió, dirigiendo la mano a la culata de su pistola instintivamente.

Avanzó hacia la puerta, pegado al muro, sin que la luz indirecta

de la lámpara de su mesa proyectara sombra alguna de su figura que pudiera delatarle ante el hombre situado en el corredor.

Luego, súbitamente, abrió.

Se encontró frente a un hombre con un frasco en la mano. Un frasco de vitriolo.

Era Neil Farrow, el viejo conserje del edificio.

—Farrow... ¿Qué significa esto? —preguntó fríamente Boggie, encañonando con su automática al conserje.

Éste palideció, tragando saliva. Miró, asustado, al arma pavonada que sujetaba firmemente la mano de Slade. Sus ojos bailotearon en las órbitas. Los dedos oprimieron el frasquito taponado con mayor fuerza. Dentro, se agitaba un líquido amarillento y denso. Vitriolo, Slade estaba seguro de ello.

—Yo, señor... venía a verle... —musitó el conserje, vacilante.

—¿A verme? ¿Para qué?

—Se trata de... de algo que quería consultarle... Algo serio, supongo.

—¿Por qué no llamaba y permanecía quieto ahí? —interpeló secamente Slade.

—Me... me pareció oír ruido allá, al fondo del pasillo... —señaló en una dirección, indeciso—. Temí... temí que fuese... el hombre a quien vi salir corriendo del sótano hace un rato...

—¿Corriendo del sótano? ¿Cuándo? —Los ojos inquisitivos de Boggie buscaron, en vano, alguna presencia humana a lo largo del corredor en sombras, crudamente iluminado de trecho en trecho por bombillas colgadas del alto techo. No vio nada ni a nadie.

—Hace unos minutos, señor Slade —explicó el conserje, alargando el frasco cerrado, con gesto inseguro—. Dejé caer esto junto a la caldera de la calefacción. No se rompió, porque cayó sobre las bayetas que tengo en un cajón, para la limpieza... Parece algo químico, señor. Y como recordé lo que usted dijo sobre ese criminal del vitriolo...

—Sí, Farrow, gracias —alargó la mano Slade, tomando el frasco cuidadosamente, aunque no esperaba ver huellas en él. El asesino, según los testigos, llevaba guantes siempre—. Examinaré esto y se lo daré a la policía. ¿Seguro que no pudo reconocer al hombre?

—No, no me fue posible. Está muy oscuro allá abajo. Y se fue muy rápido...

—Está bien. Me ocuparé de ello, no lo dude. En otra ocasión, no se aventure demasiado contra ese tipo, Farrow. Recuerde que, además de un frasco de ácido corrosivo, ese monstruo lleva también un arma blanca encima. Todas las chicas fueron degolladas o acuchilladas, antes de que arrojase el ácido en su rostro, desfigurándolas...

—Sí, señor —Farrow humedeció sus labios, empezando a retirarse—. Lo tendré en cuenta.

Se alejó. Slade le miró, pensativo, hasta que desapareció por el hueco de la escalera, caminando pesadamente. Arrugó el ceño, regresando con el frasco al interior de su oficina.

Parecía preguntarse si Farrow había sido totalmente sincero... o la presencia de la pistola automática, entre él y el detective, no le hizo cambiar de actitud sobre la marcha... Claro que eso significaría que Farrow sería... el Asesino del Vitriolo.

¿Lo era? Sólo era una pregunta, una duda más en la mente de Slade. Sin respuesta por ahora...

Una vez en su oficina, destapó el frasco. Arrojó una gota de su contenido sobre la raída alfombra, junto a su mesa de trabajo, para estar seguro.

Un vapor amarillento y nauseabundo se elevó del tejido abrasado, donde hervía, burbujeante, el producto corrosivo, mordiendo implacablemente la alfombra. Era terrible ver su acción sobre ella, con una sola gota del siniestro producto.

—Parece que el teniente Presión tenía razón, después de todo —murmuró para sí Slade, depositando cuidadosamente el pequeño frasco encima de un mueble—. El psicópata asesino y desfigurador es alguien que vive dentro de este edificio. Pero... ¿quién?

Por su mente pasaron los tres sospechosos principales: Farrow, el dueño del bar, Kowalsky... y el fotógrafo Keefe. ¿Uno de los tres? Seguro, pero... ¿cuál?

Era otra pregunta sin respuesta. Una más para Boggie Slade.

El reloj desgranó doce lentas campanadas.

Aquel viejo reloj pertenecía a una antigua capilla cercana, y su sonido solamente llegaba nítido hasta el interior del edificio cuando, como a estas horas, la quietud y el silencio en la zona eran casi absolutos. Durante el día, el tráfico, los ruidos, el palpito denso e irritante de Nueva York, impedía que sus campanadas fuesen

audibles más allá de la propia manzana en que estaba ubicado el recinto religioso.

Boggie Slade respiró con fuerza. Miró su propio reloj de pulsera, a la luz vertical y cruda de la lámpara de su mesa. Por contraste, las sombras, alrededor, eran mucho más densas e inquietantes.

Rectificó el reloj. Iba adelantado casi cinco minutos. No era de buena marca ni siquiera de maquinaria suiza, pero hacía años que lo llevaba en su muñeca, y había llegado a tomarle cariño. Lo prefería a un lujoso cronógrafo de doscientos dólares o más.

Levantó la cabeza repentinamente. Escuchó.

Estaba seguro de haber oído el suave golpe de la puerta del edificio, al cerrarse sin violencia. Tenía que ser Daisy.

—Puntual —dijo—. Terriblemente puntual. Cosa rara en una mujer...

El ascensor no sonó. Era viejo y renqueante, casi un montacargas. O no le inspiraba confianza su seguridad, o prefería subir por la escalera, para no producir ruidos insólitos que pudiesen atraer la atención del viejo conserje Farrow. Daisy era una chica prudente. Tal vez recordó que él le había mencionado, de pasada, el hecho de que la policía sospechaba de la presencia del Asesino del Vitriolo en el edificio, como huésped del mismo, y suponía que eso podía mantener de vigilancia a algún agente.

Pronto, sin embargo, percibió el taconeo rápido y seguro en los últimos escalones de aquel rellano, y luego en el suelo del corredor, hacia su oficina.

—Es ella —se confirmó su idea. Boggie se puso en pie con rapidez—. Daisy...

Entonces ocurrió.

Sonó un grito agudo, desgarrador. Un alarido terrible. Luego, otro. Se percibió un seco golpe en el suelo del pasillo, una especie de estertor humano, y rumor de pisadas rápidas, cuando ya Boggie Slade se precipitaba como una flecha hacia la salida de su oficina, empuñando la automática.

Abrió violentamente la puerta, asomó al corredor, alumbrado de trecho en trecho por las débiles bombillas colgadas del techo.

Descubrió el bulto inmóvil en medio del corredor. Miró ante sí, al fondo del pasillo, y llegó a captar la rápida visión de una sombra furtiva, en movimiento, que desaparecía por el hueco de la escalera

de servicio.

Maldiciendo entre dientes, y ya sin pensar en guardar precaución alguna, Boggie disparó su automática sin una sola vacilación, apuntando a aquella silueta fugaz.

El estampido de su 38 automática retumbó en la casa vacía como un cañonazo, pero estuvo seguro de que la bala se limitaba a levantar el estuco, bajo el sucio empapelado, sin herir a nadie.

Precipitóse sobre la forma caída en el suelo, temiendo lo peor. Su corazón palpitaba con violencia, y las sienes le latían intensamente.

Sí. Era lo peor.

Lanzó una imprecación de horror y de indignación. Contempló aquel cabello falsamente rubio, aquel cuerpo escultural, envuelto en un chaquetón de pieles, arrugado ahora en torno a la figura de mujer, desnudas sus bellas piernas hasta el muslo. Y, sobre todo, contempló aquel que fuera un hermoso rostro, difundido por la publicidad últimamente. Un rostro pecosillo y gracioso, que él recordaba de su ciudad natal, de un sábado por la tarde, en un cinematógrafo de barriada...

—¡Daisy! —rugió, mortalmente pálido, sintiendo todo su ser sacudido por un horror sin límites, por una ira incontenible.

Era ella. Daisy. Del rostro, apenas quedaba nada. Sólo un maldito, amarillento, fétido vapor que se elevaba de la faz hermosa, corroída ahora, sobre la que burbujeaba, maligno, destructor, el ácido voraz, el vitriolo de un asesino loco...

Captó leves gemidos de agonía, bajo los labios que hervían, desfigurados, abrasados por el corrosivo. Aún vivía, pese al ácido. Y pese al tremendo tajo en su pecho, allí donde se había hincado un arma blanca, produciendo una profunda herida cerca del corazón, hendiendo uno de los llamativos pechos de la infortunada mujer.

La ira, el odio, el afán de venganza, invadió violentamente a Boggie. Lanzó una imprecación feroz y, comprendiendo que nada podía hacer por Daisy, corrió hacia la escalera de servicio, presuroso, empuñando su arma, resuelto a todo.

Por el hueco de la escalera principal le llegó una voz alterada:

—¿Qué sucede? ¿Qué está ocurriendo ahí? ¿Qué fue ese disparo, esos gritos?

Reconoció la voz. El viejo Farrow. Pensó con rapidez. No podía

haber pasado de la escalera de servicio a la general. No tan rápidamente. Quizá, después de todo, él no era el sádico criminal del vitriolo. Le gritó con voz potente:

—¡Farrow, llame a la policía, a una ambulancia! ¡Es muy urgente! ¡Soy Slade! ¡Hay una mujer moribunda en mi piso! ¡Persigo a un asesino! ¡No pierda un segundo!

Y se precipitó por la oscura escalera que descendía al sótano del edificio, o subía a la azotea del mismo, en pos del criminal.

Por un momento, no supo qué camino tomar, si ascendente o descendente. Sus dudas se las disipó algo que brillaba en la sombra, al ser herido por un reflejo de la luz del corredor: un pequeño frasco de vitriolo, vacío y sin tapón.

Estaba caído en el rellano superior. El asesino había subido. Hacia la azotea.

Rápido, Slade se precipitó en esa misma dirección, tomando aliento. Sus largas y vertiginosas zancadas le llevaron, prestamente, hacia arriba. Oyó un golpe seco, sobre su cabeza: la puerta de acceso al exterior, a los terrados de los edificios. Estaba sobre la pista. Y el asesino, al advertirlo, había salido al exterior, cerrando tras de sí la puerta. Oyó chascar una llave en la cerradura. Sonrió ferozmente en la oscuridad, mientras salvaba las tres plantas que separaban su piso de las alturas. No iba a ser obstáculo ninguna puerta para él, en los momentos actuales.

Llegó al final. Ante el rellano, una sola puerta, comunicando con la azotea. Herméticamente cerrada. No probó a forcejear con ella. Sencillamente, disparó contra la cerradura. El potente impacto de bala la descerrajó, y un patadón puso a Slade en el exterior, encarándose a una maraña de chimeneas, cuerdas de colgar ropa, luminosos distantes, parpadeando en rojo, azul o verde en la noche neoyorquina. El aire allí era frío y húmedo.

Las luces lejanas de los anuncios luminosos le revelaron la presencia de su perseguido. Estaba dispuesto a saltar al edificio inmediato. En ese momento, en alguna parte, sonó una sirena de la policía.

Slade entendió. Farrow había llamado. Y, sin duda, la policía tenía apostados coches patrulla con radioteléfono en los alrededores de la finca objeto de las sospechas del teniente Preston. Uno o varios de ellos venían ya hacia acá.

Pero eso no le importaba mucho ahora al detective. Tenía allí, frente a él, recortándose su figura como una simple silueta irreconocible, contra un centelleante anuncio de «Coca-Cola»,

situado en una azotea vecina, al hombre que más odiaba en estos momentos. Al hombre que mató y desfiguró a Daisy, cuando ella iba a reunirse con él en la oficina...

Se precipitó rápido hacia él, gritando con voz destemplada:

—¡Alto ahí! ¡Quieto, o disparo! ¡Y tiraré a matar, maldito bastardo!

El otro se agitó, como enloquecido. Era igual que un bailoteo absurdo, entre las chimeneas y los guiños de las luces de colores, en la noche del East Side. Iba a saltar, a alejarse hacia otros edificios, salvando la altura de unos patios.

Boggie no esperó más. Alzó su pistola y disparó. Justo cuando el asesino iniciaba su salto sobre el vacío...

Un grito agudo, terrible, escapó de labios del fugitivo. Boggie le vio describir una especie de pirueta en el aire, como frenado en seco en pleno brinco. Y así era, sin duda alguna.

Porque inmediatamente inició un descenso en vertical, una zambullida de muerte hacia un suelo de cemento situado seis o siete pisos más abajo. La bala de Slade había dado en el blanco. El asesino, alcanzado por el proyectil justamente cuando saltaba en el vacío, era como un ave herida de muerte, cuyas alas se negaran a sostenerle en el aire. Se hundió en la sima vertical, hecha de cemento, metal y vidrio. Su impacto allá abajo, en el fondo de un patio, fue sordo y seco. Luego, reinó un silencio de muerte en las azoteas, sólo alterado por el golpeteo de los alambres y cables, movidos por las ráfagas de frío aire.

Boggie Slade encajó las mandíbulas casi fieramente. Bajó la cabeza. El cabello rebelde lo agitaba el aire. Notó algunos chispazos helados en la piel. Estaba empezando a lloviznar otra vez.

No. No se sentía feliz tampoco ahora. Si esto era venganza, no le bastaba. El asesino, fuera quien fuese, estaba muerto. Bien, ¿y qué? Eso no devolvería la belleza al rostro de la muchacha provinciana, rota como un juguete en la vorágine de la gran ciudad por conquistar. Ni tampoco la vida, que imaginaba casi extinguida, si no desaparecida del todo, en aquel pobre cuerpo tendido en el

corredor, allá en el viejo edificio.

Regresó lentamente. Bajó las escaleras de servicio, pensativo, deprimido, con aire de aturdimiento. Abajo, en la calle, se escuchaban voces, rechinar de neumáticos en el asfalto. La policía ya estaba allí.

Se encontró con el teniente Preston en el tercer rellano, exactamente. Llegaba en ese momento con sus hombres, unos de paisano, otros de uniforme. El viejo Farrow, arrodillado junto a Daisy, alzó su rostro lívido, angustiado.

—Se muere... —susurró—. Parece que quiere hablar... decir algo. Pregunta por usted, señor Slade...

Boggie miró al policía. Éste asintió, señalando luego a la escalera.

—Ya suben los de la ambulancia —dijo—. Estábamos vigilando este sector. Y el maldito asesino nos burló... ¿De dónde viene usted ahora, Boggie?

—De arriba, de la azotea. Puede ir al patio de la casa vecina, teniente. Allí cayó él.

—¿Quién? —Se sobresaltó Preston, de Homicidios, mientras Boggie se arrodillaba ya junto a la agonizante Daisy.

—El Asesino del Vitriolo —informó Slade, escueto.

—¿Quién era?

—No lo sé. No llegué a verle la cara. Le cacé en el aire, cuando saltaba. Se debió aplastar allá abajo. No hay prisa en que vayan a recogerlo...

Y miró patéticamente a Daisy. Afortunadamente, sus ojos, sus hermosos ojos claros, no habían sido heridos por el ácido. Sus cejas y frente, sí. En aquella informe masa rugosa y abrasada que era su cara, ya no podía haber mueca de dolor. Ni tampoco sonrisas. No había nada, salvo deformidad y horror.

—Boggie... —balbuceó la voz apagada de ella—. Boggie, gracias a Dios... Creí que no... llegabas a tiempo...

—Claro que tenía que llegar. La ambulancia ya está en camino. Pronto te atenderán debidamente, Daisy querida...

—No sirve de nada, tú lo sabes... Cuando llegue... quizá ni siquiera esté ya viva...

—No digas tonterías. Tú vas a vivir y...

—Boggie, mientes muy mal —gimió ella—. No convencerías a

nadie... Sé que voy a morir. Y no me asusta. Sería peor, mucho peor... sobrevivir así, con este rostro. Me duele tanto, además... No tendría valor para soportarlo, créeme. Es mejor así.

—Daisy, yo...

—Calla. Déjame hablar... —susurró—. No hay ya mucho tiempo. Y quería decirte...

—Decirme... ¿qué?

—Boggie, ¿sabías que a mi hermana Audrey... la asesinaron?

—Daisy, son simples suposiciones...

—No, no lo son. Audrey había ambicionado mucho. Y casi estaba a punto de conseguirlo: su noviazgo con Damon Craig, una boda, una vida acomodada, llena de millones... Pero el pasado no se puede enterrar, Boggie. Ella... ella pudo ocultar a su prometido que había sido antes la amiga íntima de su propio padre, el gran Cornell Craig...

—¡Cielos! —murmuró Slade—. ¿Es eso posible?

—Sí, Boggie. Es posible. Entonces, Audrey sólo quería llegar lejos, sin preocuparse de los medios. Pero luego se enamoró de Damon, quiso rectificar, hacer una vida decente... El viejo Craig trató de evitarlo. Quería sobornarla para que dejase a su hijo. Ella, entonces, hizo volver esas armas contra Craig. Si insistía, ella le revelaría a Damon que había sido amante de su padre. Cornell Craig tuvo... tuvo miedo. Calló. Pero no soportaba que Audrey se saliera con la suya, y llegase a ser su nuera. Así... lo dispuso todo para evitarlo.

—¿La hizo matar? —La voz de Boggie era ronca.

—Sí. La hizo matar... Lamberth se ocupó de ello. Por orden de Craig, claro. Arregló las cosas para un fingido accidente de coche. Audrey murió... No tuve pruebas de ello hasta hace muy poco, cuando... cuando Lamberth, estando borracho, se fue de la lengua una noche...

—De todos modos, ya no puede caer el peso de la ley sobre ellos, Daisy. Los dos han muerto...

En aquel momento, alguien habló al teniente, desde un patio cercano, a través de una ventana, al fondo del corredor. Slade alzó la cabeza, escuchó. El oficial de policía, al volverse, caminó pesadamente hacia él.

—Ya lo han identificado —dijo—. Están varios vecinos abajo.

Dijeron a mis hombres quién era el caído...

—Ya —Slade humedeció sus labios—. ¿Quién era, teniente? ¿Quién era... el Asesino del Vitriolo?

—Nelson Keefe... Su vecino, el fotógrafo...

Slade se quedó pensativo. En ese momento, Daisy, ajena a todo ello, decía con voz ronca, muy apagadamente:

—Cierto, Boggie. No hay ley humana alguna que pueda castigar ya a esos dos hombres. Lamberth y Craig... Luego se habían hecho antagonistas, peleaban por el negocio de la prostitución y la trata de menores... Yo lo logré, Boggie.

—¿Tú? —se sorprendió Slade.

—Sí. Les hice pelear entre sí. Y me convertí en la auténtica dueña de las prostitutas de Nueva York. En realidad, en estos últimos meses... yo he sido la empresa oculta de todo ese gran negocio, logrando enfrentar a ambos hombres. Era parte de mi venganza por lo de Audrey. Y luego... luego LOS MATÉ, Boggie. A los dos...

CAPÍTULO IX

Slade la miró.

Larga, tristemente. Sus ojos se nublaron. Cambió una mirada con el teniente Preston, que escuchaba la confesión. Ésta reveló su estupor.

Slade asintió despacio. La voz sonó cansada, rota:

—Lo suponía, Daisy... Estaba seguro de ello, pero quería convencerme a mí mismo, deseaba creer que eras aún... la misma Daisy que besé en un cine hace años, la chica de Lebanon, la muchacha provinciana, que soñara con la conquista de Nueva York...

—¿Lo... lo sabías...? —gimió ella—. ¿Cómo pudiste... sospechar, Boggie?

—Eras tú quién podía citar allí a Lamberth, o atraerle con un señuelo, al apartamento de Riverside... Luego, el arma blanca es casi siempre un medio de matar más propio de mujeres que de hombres. Aunque ese loco que te asaltó a ti, víctima de sus demenciales psicosis, también lo usara. Pero Keefe era un esquizofrénico. Sus terribles jaquecas, sus dolores insoportables de cabeza, sólo se calmaban matando mujeres, desfigurando su rostro... Tal vez descubriremos que algún trauma infantil, algún odio enfermizo hacia la belleza femenina, le lanzó a eso. Pero tú, Daisy... tú no eres una mujer enloquecida. Mataste fríamente, estudiando todos los detalles...

—Sí, Boggie... A Lamberth le hice que averiguase las señas de Riverside. Estaba esperándole, cosa que él no imaginaba. Le empujé a la bañera, y le acuchillé sin piedad. No pudo defenderse. Al caer, se había quedado medio inconsciente... A Craig le alcancé por sorpresa. Había cortado la noche antes la red metálica de su ventana. Lo dejé todo a punto para entrar cuando él llegase. Bastó un solo golpe de navaja en su espalda... Era por Audrey,

¿entiendes? Sólo por ella...

—Pero de paso te quedabas sola en el sucio negocio de la prostitución, Daisy. Sin antagonistas peligrosos...

—Cierto. La ambición también me cegaba. Esta maldita ciudad cambia mucho a las personas. Las hace más duras, más implacables, más despiadadas. Terminas pensando solo en ti mismo...

—Eso es mala cosa, Daisy... —Los ojos de Boggie se fijaron en la escalera. Subían por ella dos enfermeros y una camilla. Meneó la cabeza—. Bien, ahora ya lo sé todo... Jugabas conmigo, ¿no es cierto?

—Un poco —no podía sonreír, pero se imaginó una sonrisa invisible, allá en el fondo de aquellos labios abrasados—. Por otro lado, me atraías, Boggie... Y te necesitaba, quería que me creyeras asustada, indefensa, perseguida... Tenía que representar mi papel, si no quería ir a la silla eléctrica por asesinato...

Ella también vio a los enfermeros. El teniente carraspeó:

—Llevala, muchachos. Es muy urgente...

Ella negó con su cabecita rubia. Miró al policía.

—Usted sabe que ya no importa nada —dijo—. Esto se acaba... Y, desde luego, logré lo que me proponía. Nadie va a llevarme ya a la silla eléctrica, ¿no es cierto?

La subieron con extremo cuidado a la camilla. Iban a bajarla en el pesado y anticuado ascensor. Daisy estiró su brazo. Los dedos apretaron la mano de Boggie Slade. Él le sonrió, alentador.

—¡Animo, Daisy! —dijo—. Estoy aquí, contigo. Pese a todo... sigo queriéndote. Sigo siendo el mismo...

—¡Oh, Boggie, cariño...! —susurró ella—. Gracias por todo... ¡Boggie!...

Fue un grito ronco, breve. Se le dilataron repentinamente las pupilas. Slade notó que la mano de ella le apretaba rabiosamente la suya. Y así se quedó.

La miró. Ya no se movía. Ni respiraba. El teniente Preston puso sus dedos sobre el cuello de la muchacha, encima de su arteria. Esperó unos instantes.

—Se acabó —dijo con un suspiro—. Está muerta, Slade...

—Sí, lo suponía —afirmó el detective lentamente. Se logró quitar los dedos de ella, trabajosamente. Luego, murmuró, bajando los párpados de Daisy—: Ella tuvo razón, teniente. No irá ya a la

silla eléctrica...

Los enfermeros tendieron la sábana hasta cubrirle la cabeza. Descendieron con el cadáver. Trepido el viejo ascensor, chirriando en su descenso. El teniente y Boggie se miraron largamente.

—Lo siento —dijo el policía—. No ha sido un buen final para usted...

—Pero ha sido un final —murmuró Slade, cabizbajo.

—En realidad, usted resolvió ambos problemas. Alcanzó al asesino del ácido, abatiéndolo antes de que pudiera huir... Luego, ella le confesó sus crímenes. Sí. Todo el mérito, sospecho, ha sido de Boggie Slade, detective privado.

—Es muy amable, teniente —comentó con sarcasmo Slade—. Pero me temo que no esté en lo cierto. El Destino, la fatalidad, llámelo como quiera, ha sido el personaje central del drama. Él puso a Keefe en el camino de Daisy, justo en el momento en que ansiaba matar a otra mujer... Y él decidió resolver de golpe los dos enigmas. Ha sido como un terrible juego de muerte. Pero, al menos, ha terminado.

Y miró tristemente a la luz de su abierta oficina, a la oscuridad de la oficina vecina, la de Nelson Keefe, fotógrafo.

Evidentemente, no se podía descartar al Destino en ciertos avatares de la vida humana. No se podían explicar de otro modo algunas cosas...

—No hablan de otra cosa los periódicos, jefe. Es usted el hombre del día, junto con el teniente Preston —sonrió Betty Grayson, con cierto aire pensativo—. Claro que él le llena de elogios a usted, y usted le alaba a él por haber acertado al suponer que el criminal estaba en este edificio...

—Es una especie de mutua publicidad —comentó con agria ironía el detective—. Pero lo cierto es que a él le han felicitado sus jefes, y a nosotros nos llueven clientes.

—Además, está el cambio de oficina, ¿no?

—El cambio... —resopló Boggie Slade, asintiendo—. Sí, por supuesto, Betty. Detesto seguir trabajando aquí. Esta oficina, esta casa, traería siempre ingratos recuerdos para mí. Y ahora tengo dinero. Suficiente, al menos, para ir a otra zona más lujosa.

—¿La quería usted mucho?

Boggie alzó la cabeza. Miró a la joven.

—¿A Daisy? —Se encogió de hombros, pensativo—. No sé... Creo que me enamoré de ella, allá en Lebanon, siendo adolescente. Luego... fue como un sentimiento de fidelidad a un recuerdo hermoso. No podría decir que eso fuese amor. Lo cierto es que volví a encontrar a ese primer amor que todos tenemos en la vida, y creí que todo seguía igual, que el tiempo no había cambiado, que estábamos aún en Lebanon, un sábado por la tarde. No comprendí que esto es Nueva York, y que aquí todo cambia. Y nosotros cambiamos también. Ella se pudo hacer una mujer dura y ambiciosa, capaz de todo por triunfar, por ser rica y poderosa. Y capaz de llegar al crimen por vengar a una hermana... Yo... soy un detective privado que se entenece ya por pocas cosas en este mundo. Entonces me he dado cuenta de que nos endurecimos demasiado en estos años, ella y yo. Ya no éramos los dos muchachos de entonces. Ni mucho menos.

—Pero aun así, hubiera podido amarla...

—Tal vez. Y hubiera podido ser un tremendo fracaso para ambos —suspiró Slade, moviendo la cabeza—. Las cosas han sucedido así, y ya no tienen remedio. Tal vez todo sea más justo de este modo, no sé. Es difícil salir de la confusión tan pronto, Betty.

—¿Cree que verá claro alguna vez?

—Estoy seguro de que sí —sonrió lentamente Slade. Miró a su secretaria, con mi aire más risueño—. Betty, vaya preparando todo para ese traslado. Esta misma tarde iniciaremos el cambio de domicilio social de Boggie Slade, Investigaciones Privadas.

—Sí, jefe, ya lo tengo todo a punto. Me ocuparé ahora de sus cosas...

—Betty, es usted admirable. ¿No se le olvida nunca nada, no deja nada al azar?

—A veces —ella le miró fijamente y tuvo una misteriosa sonrisa—. Una vez, por ejemplo, cometí un error y dejé de hacer algo que mi instinto me exigía que hiciera. Siempre se cometen errores. Ése fue muy grande.

—¿Cuándo fue eso?

—La otra noche. Cuando usted y Daisy Davenport estaban citados aquí... Pensé en venir a medianoche, por si ocurría algo. Intuí el peligro, no me fiaba mucho de esa mujer, se lo confieso ahora, jefe... Y estuve a punto de venir.

—¿Para qué iba a hacerlo?

—No sé. Se me ocurrió que podía serle de ayuda...

—¿Y por qué no lo hizo?

—Porque... porque usted es un hombre, ella era una mujer y... y podía ser un estorbo más que una ayuda...

—Entiendo —la contempló en silencio—. Pudo quizá, ayudar en algo. Pero también pudo haber peligrado, estando como estaba deambulando por ahí el Asesino del Vitriolo...

—Quizá pude haber salvado a Daisy.

—O pudo haber caído usted en su lugar —se estremeció Boggie—. ¡Dios mío, eso hubiese sido espantoso, Betty...!

—¿Le hubiese dolido más mi muerte... que la de ella? —se sorprendió la joven.

—Pues... sí —la miró con asombro repentino Slade—. Creo que sí, Betty... Es curioso, ¿no? Acabo de pensar en ello... y he llegado a esa conclusión. No, Betty. Hizo bien en no venir. No fue ningún error, estoy seguro.

—Jefe, eso me emociona. Que usted me prefiera a mí con vida que a ella...

—Betty, ya lo dije antes: creo que Daisy y yo no podíamos reanudar la vieja historia. Cada vez lo veo más claro. Y usted...

—Yo... ¿qué?

—Usted es la más eficiente secretaria que jamás tuve. Mi talismán —sonrió Boggie—. No quiero perderla.

—¿Sólo eso? —se decepcionó ella, sin dejar de mirarle.

Boggie la contempló con un gesto malicioso. Luego, hizo un misterioso comentario, que Betty escuchó con un estremecimiento de esperanza:

—Por ahora, nada más, Betty. Deje que pasen unos días... y tal vez le diga algo más. Tal vez le diga... mucho más.

—Sí, jefe... —Los ojos de ella brillaron—. Cuando usted quiera...

—Vamos. Empecemos ese traslado —cambió bruscamente de tono Slade—. Eso es lo que más nos urge ahora.

—Claro, jefe —asintió, con gesto risueño—. Enseguida.

Se inclinó, empezando a recoger cosas. Su posición mostró a Slade sus bien formadas caderas, sus bonitas piernas...

Boggie suspiró, desviando la mirada con un gran esfuerzo de

voluntad.

—Sí, Betty —murmuró—. Creo que le tendré que decir muchas cosas... cuando estemos en nuestra nueva y flamante oficina...

Betty Grayson se limitó a sonreír. Pero no dijo nada. No creía que fuera preciso hacerlo.

Ella sabía esperar. Y estaba segura de que la espera no sería en vano.

Boggie Slade no podía permanecer mucho tiempo ciego ante los encantos de una mujer joven, atractiva... y enamorada de él.

Era demasiado sensible a los encantos femeninos para que no fuese así.

FIN

NOTAS

[1] Alusiones a famosas estrellas del cine de los años cuarenta y cincuenta, que delimita claramente la época en que el autor desarrolla su relato, el más típico del cine negro norteamericano (N del E.). < <

[2] Tema musical de la citada película de Bogart y de Ingrid Bergman. Traducido aproximadamente, dice: «Debes recordar esto: un beso es aún un beso. Una mirada es una mirada... Las cosas fundamentales perviven, al pasar el tiempo...» (N del E.). < <